

Les Escribadores

-REVISTA LITERARIA-

Poesía

Cuentos

▶ **ENSAYO**

Indeleble

Ilustración

▼ Península
de Chiltepe

LIBRERÍA DE
MEMORIAS

 **EDUARDO
ZEPEDA HENRÍQUEZ**
Ofrenda de Luz

*LABORATORIO DE
Novela 2020-2021*



MIEMBROS DEL CONSEJO EDITOR

Ana Yilian Giroud
Andrea Carolina Huete
Belén Flores
César Andrés Zeledón
Noel Castellón Rocha

DISEÑO EDITORIAL/ ILUSTRACIONES

Eloisa M. Rueda Navarro

AUTORES QUE COLABORARON EN EL PRESENTE NÚMERO

Lux Dí
Sergio A. Guevara
Erling Tórrez Gonzáles
Omar Quinto
Juanito el Camionero
@locusamoenusp
Cindy Morales
Isabella M. Tenorio
Lorenzo Aragón C.
Alejandro Benjamín Laurentti
Héctor Daniel Olivera Campos
Teresa del Carmen Zamora
Héctor M. Magaña
Aline Doníz
Kras Quintana
Dany Díaz Mejía
Brescka Martínez
Lara Urteaga
Rodrigo Medina
Holberth Jarquín
Talissa Carax
Bruce Steve
Pablo Antonio Alvarado Moya

CON EL
APOYO DE



LABORATORIO DE NOVELA
una experiencia de creación



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Cooperación Suiza
en América Central

REVISTA LES ESCRIBIDORES. Año 2021. Fecha de Publicación: Julio 2021. Tercera Edición. Revista Literaria Digital editada y publicada en Nicaragua. Editor responsable: Eloisa R. Navarro y Consejo Editor de Les Escribadores. Con el apoyo del Proyecto Laboratorio de Novela y la Agencia de Cooperación Suiza en América Central.

© Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier tipo de reproducción o modificación sin permiso de los titulares.

La carta de los letraheridos:



Carta del Consejo Editor de Les Escribidores para su tercer número.

"(...) enfermo de literatura, poseído por la pasión de escribir como enfermedad y locura sin otro remedio que la escritura misma".

- Ángel Basant

Un letraherido, en ocasiones, es definido como un aficionado a las letras; sin embargo, este término intuye, aún desde su dulce sonoridad al pronunciarlo (como poema de una sola palabra), algo más profundo: la daga que las letras llegan a materializar, que se nos puede ensartar en lo más hondo de la consciencia de la razón y de los corazones.

A la vez, Jaime Gil de Biedma disgrega entre sus cartas que hay que oír música, leer bastante, [jugar a esos juegos de video,] escribir y más para llegar a la vida integral de los letraheridos, impersonal, sin nostalgias ni deseos de placer, en una perfectamente revuelta ataraxia funcional.

La RAE es aún más vaga, pues pone en su diccionario virtual que lo de ser un letraherido es tener una pasión extremada por la literatura, pero con acierto deja ver una voz tan sugestiva y transparente, un espíritu dual, una visión pasional y romántica del herir.

La literatura sin duda hiera. Para varios será una estocada fulminante, pero la mayor de las veces será un cuentagotas que nos drena la vida, haciéndola lucir más grande y larga de lo que en realidad es; todo para guardar a la posteridad palabras inventadas y nombres de quienes han sido varias veces muertos. Pero ese será el precio que nos hace pagar la literatura, que casi es el arte más eterno.

Para quien ejerce con algún nivel de compromiso la escritura, es fácil zanjar que ésta es dolor y sufrimiento, catarsis que se resuelve, quizá, en éxtasis de lágrimas que se lloran en soledad, seguramente en soledad pues a esto también nos condenan las letras. Pues el escritor es (o en su idilio debería ser) un obseso de la palabra, y el acto de escribir le sería inevitable, anatomizando cada interacción con el entorno, caracterizando a las otras personas e hilvanando su propia vida como quien escribe sino otro relato.

*La carta de los lletraferidos: carta del Consejo Editor de Les
Escribidores para su tercer número.*

Pueda ser ésta alta palabrería sobre un adjetivo/sustantivo que lleva intrínseco una antinomia muy burguesa, pues es cierto que la escritura es herramienta y nosotros mismo fuimos hechos para vivir, fuimos hechos para mentir, a como cantaban Fito y García en 2003, pero nos negamos a desconocer su cierto misticismo, que a tiranos y a esclavos les sirve por igual, y es su amor lo que les salva.

Un editor confiesa que le duele escribir, por eso edita, para que otros sigan sufriendo.

De esta forma, con estas palabras, aquellos que conformamos el Consejo Editor de *Les Escribidores*, queremos dar continuación a esta revista de poesía, literatura, arte y opinión, desde el espíritu joven hasta la hoja vieja con sangre seca y negra.

Ahora, el arte.-

Consejo Editor de *Les Escribidores*.

Managua, Nicaragua.

Julio, 2021.

CONTENIDO

POESÍA

	Pág
Poesía.....	8
I,V,VII.....	9
Llamada.....	9
El Génesis tuvo forma de libro.....	10
De Betún a Betún.....	11
Al menos 28.....	13
Como el chile.....	14
Mi bella ciudad natal.....	15
I.....	16

Pág

19.....	El listón celeste
24.....	Vencido
28.....	La cena
30.....	Hablando se entiende la gente
33.....	Pesimismo convaleciente
35.....	Discípulo
37.....	Fin del mundo en octubre
43.....	Parque 2022
45.....	Los cuatro pasos
48.....	A su imagen y semejanza
53.....	Le tour

CUENTOS

ENSAYO

	Pág
Indeleble.....	56

Pág

59.....	Península de Chiltepe
---------	-----------------------

ILUSTRACIÓN

LIBRERÍA DE MEMORÍAS

	Pág
Adagio.....	62
Jikisinkama.....	63
Bueno.....	64

Pág

65.....Eduardo Zepeda Henríquez

OFRENDA DE LUZ

SEMBLANZA DE LOS AUTORES

Pág

Ana Yilian Giroud.....	73
Andrea Carolina Huete.....	73
Belén Flores.....	73
César Andrés Zeledón.....	74
Noel Castellón Rocha.....	74
Eloisa Rueda Navarro.....	74
Lux Dí.....	75
Sergio A. Guevara.....	75
Erling Tórrez Gonzáles.....	75
Omar Quinto.....	75
Juanito el Camionero.....	75
@locusamoenusp.....	75
Cindy Morales.....	76
Isabella M. Tenorio.....	76
Lorenzo Aragón C.....	76
Alejandro Benjamín Laurentti.....	76
Héctor Daniel Olivera Campos.....	77
Teresa del Carmen Zamora.....	77
Héctor M. Magaña.....	77
Aline Doníz.....	78
Kras Quintana.....	78
Dany Díaz Mejía.....	78
Brescka Martínez.....	78
Lara Urteaga.....	78
Rodrigo Medina.....	78
Holberth Jarquín.....	79
Talissa Carax.....	79
Bruce Steve.....	79
Pablo Antonio Alvarado Moya.....	79

Pág

80.....Laboratorio de Novela
2020-2021

PROYECTOS HERMANOS



POESÍA



POESÍA

Poesía maldita y sublime;
avanzas constante y distante,
paseas mis calles y mis fronteras,
traspasas mis muros y laderas.
Invades mi alma adentro y afuera.

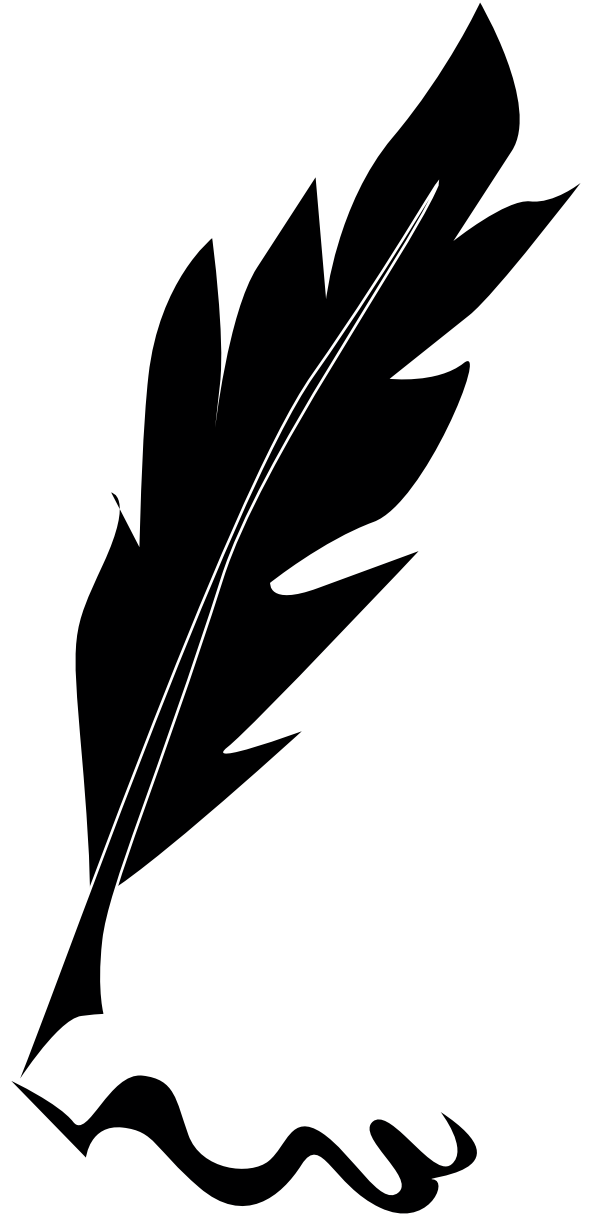
Poesía... poesía de tiempo,
de espacio, de nada, de todo.
Enemiga incesante.
La vida y la muerte
unidas por tu cuerpo distante.

Poesía deleitosa y placentera,
amorosa y angelical.
Recita la metamorfosis
del bien y el mal.

Poesía... poesía seductora,
amada y misteriosa,
con alma de niño y
mirada de anciano.
Con calma de anciano
y cuerpo de niño.

Poesía... poesía de olvido.
Misteriosa adversa,
desdeña las sombras
profundas de sueños.
Prófuga de los cuatro vientos.

Poesía... poesía...
Querencia constante
que invade mi cuerpo.
Inalterable destino con
canto sin rumbo.
Poesía del cosmos
y de poetas.



Lux Dí

Llevarán letras
estos telones blancos
que me refugian.

(I)

Noche sin luna.
Los árboles florecen
sin avisar.

(V)

Y en estas páginas
te hablarán mis latidos
con tinta negra.

(VII)

Sergio A. Guevara



LLAMADA

Busco en los timbres del teléfono
una de esas sonrisas
de cuando me ves de lejos;
que el botón verde sea
como tomarse las manos
y que al llevarnoslo a la oreja
nos besemos
las mejillas.

Isabella M. Tenorio



EL GÉNESIS TUVO FORMA DE LIBRO

Y se hizo el espectro visible
el día
la noche
la expansión de los confines del universo
los reptiles
los dinosaurios
las aves
los anfibios
las verdes hierbas.

Y el Homo Sapiens.

Saltó la Esfinge en aspavientos
el centauro esgrimió las rosas
las constelaciones se abrazaron
danzaron los meteoritos con un arpegio de la lira
que un tañedor olímpico sonó
sentado en un arco iris que desprendió traslúcida luz.

Y sonrió el sol
y entonces
el paraíso tuvo forma de libro
y entre sus páginas el túnel secreto
para trasladar los ávidos transeúntes
a la fluorescente caverna del logos
y entre rieles de renglones
correr hasta los llanos de dispensaciones del neolítico
y entre alas de sílabas
subir hasta los cielos de azules utopías
sin profanarlos.

Y entre puntos y comas
inmiscuirse en lagares secretos
y en huertos misteriosos
que agrimensores de los sueños cultivaron
para comer la manzana que descubrió Andrómeda
y entender los dichos de Salomón.
Y el Edén era de libros.



Erling Tórrez Gonzáles.

DE BETÚN A BETÚN

Tocaste la puerta;
no te abrí.
Tocaste de nuevo;
seguía sin abrir.
Tocaste una tercera;
otra vez, no abrí.
La cuarta fue un golpe;
un susurro que creció en grito,
una agresión nacida de la impaciencia
temperada en la perseverancia de caminos ondeados de miseria.
—¡Abre, poeta! ¡Entraré en tus versos o tú en los míos!

Entró tu prosa disfrazada de miedo,
de ese escalofrío nocturno,
por la mirilla rota.
Espejo de un pasado digno de olvidarse.

Los temores buscaban un pase al mañana
pernoctando al otro lado del vestíbulo,
arrimados al picaporte esperando su apertura.
Sabían lo que está al otro lado de dos pulgadas de madera:
un escritor sin musa quien la arrojó;
un peregrino asustado de sus propias estelas en la arena.
Sabían lo que yace en el vaivén de sus latidos:
universos no natos envueltos en mantas de pensamiento;
terrores que acechan cuando el cerebro se apaga de noche.
Sabían su nombre de pila y las sendas que ha pisado:
apodosos sin cariño bañados de bazofia peyorativa;
linderos sin trazar entre la grandeza y la procrastinación.

Tengo miedo, es cierto.
Tengo miedo de decir “te quiero”,
y no escuchar un eco de vuelta.
Tengo miedo de recibirte con abrazos
y clavarme un millar de espinas en el pecho.
Tengo miedo de abrir la puerta
y no ver lo que apreciaba por el ojo mágico.

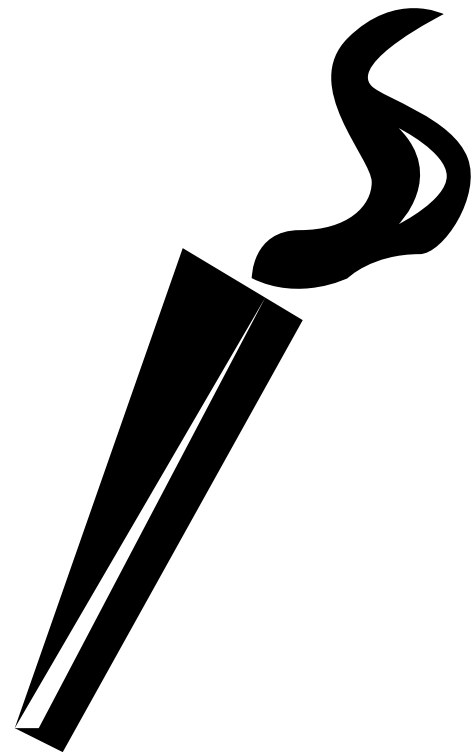
Tengo miedo de invitarte a pasar
y que mi jardín se marchite aún más
Tengo miedo de creer en tus alentadores suspiros
y estrellarme contra un suelo vestido de cielo.

Era la juventud y dos pasadas las ocho cuando te colaste en mi librero,
como murmullo ventoso derramando semillas en mi tierra
florecían en dones los talentos
filtrados por las hendidias de un boquete barato.
Colgaban pupas de los atrapa sueños en forma de libreta,
se posaban sonetos alados, pigmentados de malva silvestre sobra la cerradura,
un color importado de otro mundo.
El tinte del cielo bajo dos lunas del planeta de tus sueños.
Nombré Papillón —de cariño— al más agreste.
Levantaba una de sus antenas y ladeaba la cabeza,
me capeaba sin emitir sonido:
Rompe tus ataduras de papel, poeta.
Fulmina tus impostores y vérsame en tu poesía.

Omar Quinto

AL MENOS 28

Bastarda hija de la naturaleza,
que disfruta las llamas de la hoguera
para desprender su fragancia fiera
que perfuma al aire con sutileza.
Flor por los gobiernos antes prohibida,
fruto del jardín del Edén vetado,
si Adán una vez te hubiera fumado
a la manzana no habría conocido;
y el mundo tan diferente sería
que seguro no seríamos humanos,
sino dioses, aztecas y romanos,
con psicotrópica prosapia fría,
que se sumergen en la interminable
dicha de la más bendita sustancia
creada en la dionisiaca extravagancia
del reino botánico interminable.
No hay como tú otro medio de transporte
tan utilizado y tan eficaz
que al pusilánime volver locuaz
capaz sea al invertirle el sur y el norte;
por tierra, por aire o por vasto mar
en este vehículo viajar podrás
y de cualquier destino dispondrás
si la pálida no te hace tornar.
Psicodélico oro medido en gramos,
manjar condimentado con papiro,
piedra más reluciente que el zafiro
eres y a tu eterna gloria hoy la loamos.



Juanito el Camionero

COMO EL CHILE

Recuerdo la historia,
y en estos soliloquios personales,
llego a la conclusión de que eres,
indefinidamente, como el chile.

Sí, el chile, figura icónica, legendaria.
El chile como chile de tomate,
así eres tú, morena picante.

Ni qué pájaro, ni que Venus,
solamente imagen perceptible
ante el paladar y la lengua,
ante el estómago doliente.

Te huelo, te miro.
Pero qué sabrosa exquisitez
de los dioses aztecas durmientes,
taciturnos, espectadores
de tu inmarcesible figura.

Ojalá y tus semillas abundantes
se rieguen por mi cuerpo
y todo el océano de mi boca.

Aquí estoy porque te confieso,
secretamente, que te saboreo
como uno saborea el viento.
Pero yo no quiero saborear al viento,
quiero saborear tu piel revuelta
con las acideces de la vida.

¡Oh bella! Bello ardor de mi lengua,
de mi corazón acelerado.
Hoy, frente a ti, te confieso lo que yo,
en mis silencios, te sentencio
como musa mexicana por excelencia.

Ni que Venus, ni que nada:
amiga, mujer mexicana,
encarnación del purificado chile



@locusamoenusp

MI BELLA CIUDAD NATAL

Cada mañana al despertar no paro de suspirar
por la bendición de en Nicaragua estar
y por en mis venas llevar su asombroso andar
que hoy se convirtió en patrimonio cultural.

Y no podría mas enamorada estar
si cada día a Managua puedo saludar
cuando el sol se posa para iluminar tan magnífica ciudad.

Porque no es solo belleza superficial,
mi Managua es poseedora de inteligencia y humildad;
además de cultivar tan valientes hijos del amar.

Estos versos no buscan adular,
estás rimas solamente desean mostrar
la belleza sin igual de una ciudad
que bañada por la brisa del Xolotlán está.

Y que miles de atributos busca heredar
como su majestuosa catedral
y la sintonía con la que el agua y el cielo se unen al andar.

Que más podría decir, la novia del Xolotlán me hace soñar con el cambio de libertad,
me motiva a crear y me llena de felicidad al ver tan valientes despertar
que nos gritan “la esperanza hijos míos siempre los acompañara”.

Mi bella ciudad natal, no existen palabras para describir tu calidad llena de paz,
ni las batallas que se han ganado en el bendito suelo por el que a diario hemos caminado.

Nadie aún a inventado las palabras correctas para resumir los momentos recordados
que me llenan de orgullo en cada atardecer
y me hacen querer plasmar en tan sinceras líneas este pensar
para que miles más se enamoren de esta linda ciudad,
de mi ciudad natal, la bella y gran novia del Xolotlán.

Por esto y muchas cosas más
mi bella Managua
en mi memoria por siempre va a estar.

Y cuando me toque este mundo dejar, te voy a añorar cada día más
pues ni el paraíso se podrá comparar con vos, mi maravillosa ciudad.

Cindy Morales

I

Y me acostumbré que mi cuerpo sea símbolo de templanza,
que aparente ser diseñado por el equilibrio y la esperanza
y que al tocarlo la culpa vendrá con sentimiento de confianza.

Y me adoctriné que, si acendrado quiero ser,
que solo desposado mi cuerpo podrá comprender
todos los placeres que otro cuerpo puede ofrecer.
Y es así, que como humano yo debo entender
que ante todo al placer no debo obedecer,
y enseñar que en la vida la carne no podrá ni deberá tener poder.

Porque mi mayor regalo
es desnudarme en alma, con elocuencia y locura,
es comprender que más allá de la amargura
no existe explicación de este sentimiento a la cordura.
Por qué es amando como entiendo que mi cuerpo posee hermosura
y en mi mente y en mi alma se deleitan las preciosuras.

Y es que se me enseñó
que ni pensando, ni imaginando debo yo soñar
que otras manos en mi cuerpo podrán explorar,
que más allá de mi cara no se podrá contemplar
una caricia que me haga sentir y que me haga recordar.

Por qué mi mayor regalo
es enseñarte mi cuerpo en mil formas y mil contextos,
es escucharte que más allá de lo que uno tiene adentro,
que uno por fuera debe aspirar a la balanza.
Porque condenados estaremos si no cumplimos la templanza,
aquello que en mi vida yo quisiera conocer.

Mi mayor regalo
es un templo formado por pilares de armonía,
es una casa llena de filosofía
y es una cama donde el sueño no se cansa de agonizar.

¿Pero cómo le explico?

A aquellas manos que toquen donde no me ubico,
que su condena en mi cuerpo yo fabrico,
porque la vida no está hecha de placer.

Que dicha tiene

quien con sus dedos tocará por primera vez mis sienas.

Y cómo le cuento que mi mayor regalo

es haberte esperado,

porque te soñé,

y desde ese día yo te amé.

Lorenzo Aragón C.





CUENTOS



EL LISTÓN CELESTE 1630

Por Alejandro Benjamín Laurentti



Ruperto acomoda las ropas que la señora le ha enviado a lavar en su habitación. Sobre la cómoda, coloca cada uno de los vestidos, perfectamente lavados, perfumados y doblados. Realiza la tarea con mucho cuidado, es el único indio dentro de la casa que tiene permitido subir a las habitaciones de arriba. Después se dirige al cuarto de la señorita Mariana, abre las ventanas para que el aire serrano oxigene la habitación y acomoda el resto de los vestidos. Cuidadosamente, vigila que los baños estén limpios, las camas tendidas sin ningún doblez y los pisos sin polvo. Regresa al salón de abajo y se encarga de comunicar a sus señores que todo está en perfecto orden.

La señora confía en él, al igual que el señor. Ambos lo tienen desde hace más de veinte años. Se encarga de instruir a los nuevos empleados, de encomendarles las distintas tareas, de vigilar que tengan lo necesario y sean bien tratados. Si no fuera porque duerme en las habitaciones de abajo y porque toma sus comidas en un lugar distinto al de los señores, podría decirse que es uno más.

Al terminar de revisar el segundo piso, se dirige a la parte de atrás de la casa, se cerciora de que cada uno de los empleados están realizando las tareas y vuelve, nuevamente, a tomar el desayuno. La casa está un poco revuelta ese día, pero no porque no haya sido limpiada. Es el ambiente, algo particular sucede.

Por las escaleras de madera, lustradas e iluminadas, se ve bajar a la señora, Lucrecia de Villalba, con una camisa de lino que destila armonía, dirige sus ojos a Ruperto que le devuelve la mirada, un tanto preocupado, un tanto curioso. Efectivamente, algo ha sucedido en la casa por aquellos días, algo que merece que el ambiente se haya enrarecido, pero, a juzgar por el semblante de la señora, son buenas noticias. Se acerca a él y por primera vez en tantos, tantos años de servicio, lo invita a que esa noche sea parte de la cena. Una cena especial en la que darán a todos los miembros de la familia una noticia especial que traerá alegría a todos.

Ruperto asiente con la mirada, sin decir una palabra, casi emocionado. Finalmente, se siente parte de la familia. No es que se sienta frustrado, ni que haya tenido en algún momento ningún tipo de resentimiento hacia ellos, pero era muy joven cuando lo encontraron. Tan joven que tuvieron que enseñarle todo: a hablar, a comunicarse, a saber quién era, a darle un nombre español. Creció dentro de esos muros y vio crecer a la señorita Mariana, fue su niño, su acompañante, su amigo. Han sido buenos con él. Pero jamás lo habían invitado a ser parte de una cena, de un almuerzo o lo que sea.

Ruperto se dirige a su habitación, aún conmovido. Sabe que es una noche importante, que es un momento que seguramente recordará. Es probable...es

probable que la familia lo esté invitando a cenar porque quieren demostrarle el afecto que sienten, que se ha ganado en tantos años de servicio. Sabe que la señora es generosa, quizá le dé una casa, su propia casa, quizá le dé una parte de las tierras, para que las pueda sembrar, quizá le dé ovejas. Son cosas que la señora ya ha pensado en hacer, devolver la tierra a los verdaderos propietarios.

No es algo de lo que se hable demasiado, pero lo ha dicho. No lo ha escuchado directamente de ella, pero Mariana sí. Ella le ha dicho que, en muchos momentos, su madre pensó en que sería buena idea devolverle las tierras a los indios. Que pudieran vivir como antaño, que volvieran a ser dueños de lo que, en realidad, les pertenecía. ¿Por qué no empezar por él? El buen Ruperto que tanto le ha dado a esta familia. Y que sin embargo tiene un oscuro secreto.

En su habitación, Ruperto prepara su mejor ropa, la deja lista sobre la cama y la mira. Está reluciente. Aún faltan unas horas para que se dé la cena, pero él ya se ve dentro de esas ropas, llegando triunfante a cenar. Se da un baño y después de ese se da otro. Como si quisiera sacarse lo rojo de la piel, lo negruzco del pelo y de los ojos, como si quisiera ser alguien que no es.

Vuelve a entrar en la casa principal y, camino a la cocina, donde debe vigilar que todo esté marchando como debe ser, se cruza con la señorita Mariana. Está radiante. Si no supiera que es ella se animaría a decir que es un ángel, uno al que le han cortado las alas. Trae puesto su mejor vestido, el celeste. Sobre su pelo, color caoba claro, preciosamente atado, el decoroso listón, del mismo color del vestido. Su nacarada piel reluce al caminar, sus pómulos enaltecen a los ojos color miel y el rostro... bueno, ya no es una niña.

Al contrario de su madre, la señorita Mariana viene con el semblante caído, triste, aunque de alguna manera se las ha ingeniado para fingir una luminosa sonrisa. Aunque no con Ruperto, él sabe de manera exacta cuáles son sus sentimientos, es un tanto difícil que pueda engañarlo. No cruzan demasiadas palabras, solo alcanza a resonar en el aire, de manera confusa, una sola oración: esta noche, esta noche... y de los ojos de ella parece que cae una lágrima, aunque se mantienen secos, impolutos. Ambos siguen su camino, como si no se hubieran cruzado y el ambiente se enrarece, esta vez, de forma triste.

Ruperto llega a la cocina donde ayuda, amablemente, a las mujeres a hacer la manteca, ahí preparan el flan, las tortas, el dulce. Después, como en una especie de ritual, preparan el pollo arrollado con minucioso detalle. Finalmente, amasan y ponen a cocinar el pan. Ha aprendido a hacer cada uno de los trabajos en todos

esos años. Ha aprendido las labores de la cocina, las de la huerta y el parque, las de la limpieza e incluso las de albañil. Iba camino a la cocina a ayudar y a realizar las tareas con la mayor de las sonrisas, entusiasmado, pero cruzarse con la señorita Mariana le ha dejado un hueco en el corazón. Habiendo ya realizado las tareas que le encomendaron, regresa a su habitación, cabizbajo, a prepararse para la cena.

Todo está listo, ordenado y limpio, puesto sobre la mesa. Ruperto se ha encargado, personalmente, de liderar al personal de cocina y de servicio. Quiere que cada una de las cosas que están preparadas en su honor reluzcan, esa noche todo debe salir bien. Los comensales van llegando y uno a uno se sientan en la mesa. Ingresa la señora, con la cara visiblemente feliz y Ruperto los atiende gozosamente. Después de que todo está servido, invita a que Ruperto se siente, al lado de ella. El indio lo hace feliz, aunque esa situación lo ponga un tanto incómodo. Ingresan, por último, la señorita Mariana, acompañada de un joven muchacho, al que Ruperto no ha visto nunca. La señorita aún mantiene una sonrisa encantadora y reluciente, aunque en sus ojos puede alcanzarse cierta decepción. que le hable directamente a él. No sucede.

Ruperto está profundamente decepcionado, pero al contrario de la señorita Mariana, sabe ocultar muy bien lo que siente. No ha pronunciado una palabra en toda la noche y todo aquello que tenía guardado para decir y para agradecer ha quedado allí, enterrado en lo profundo de su ser. Intenta cruzar miradas con la señorita, pero sus ojos le rehúyen, lo evitan. El resto de la cena transcurre en total normalidad. Al terminar, amablemente, la señora le pide a Ruperto que retire las cosas y se encargue de dejar todo acomodado. Le dice, también, que ha sido un gusto acompañarlos, por expreso pedido de la señorita que lo considera un hermano, esa noche. Al día siguiente podrá volver a tomar las comidas nuevamente con el resto de los empleados.

Solo eso. Solo ha sido el sueño de una noche.

Dos horas después, cuando ya todos se han acostado, un alma en pena solloza sobre su cama. Ruperto se seca las lágrimas y mira por la ventana, la soledad del afuera. Hoy será la última, la última noche. Algún día iba a llegar, era obvio, no podía tener sueños tan grandes, no era necesario, no tendría por qué.

Saca de debajo de su cama los zapatos, se los pone, se abriga con un buzo de lana y sale a la noche. La noche es cerrada, oscura e impaciente, recibe la figura de dos sombras negras, que caminan tomados de la mano a la casucha de las herramientas, a un par de metros de la puerta de atrás. Tantos años han convivido

y tantas veces se han unido sin que nadie lo sepa. Nadie lo hará. Es la última vez. Las dos figuras se unen y allí, en ese cuarto de herramientas, testigo de tantas noches, se aman, se aman una vez, se aman mil veces.

Al otro día, en opulenta comitiva, parte la señorita Mariana hacia Córdoba de la nueva Andalucía, en brazos de su futuro esposo. Toda la familia viene a despedirla, aunque no Ruperto. Ruperto está en su habitación, acostado en su cama. De sus ojos caen lágrimas y en su mano izquierda, apretado con fuerza, el celeste listón.

Alejandro Benjamín Laurentti

VENCIDO

Por Héctor Daniel Olivera Campos



El hombre levanta la vista de los pliegos que sostiene. Le envuelve la celda mugrienta de muros de revoque roído. En las paredes, escritas con caligrafía grotesca; obscenidades, juramentos, blasfemias y largas cuentas garabateadas por reos anónimos que consignan los días que les restan de condena. A veces, en el ocaso, el paseo de una cucaracha sobre los muros quiebra la monotonía. Todo es tan mezquino que hasta la luz que se filtra por el ventanuco parece impura. El hombre halla un regusto amargo de repetición en la miseria que le rodea. Otra pena más, un presidio distinto y una celda semejante.

Tiene cincuenta años, está cansado y vuelve a estar preso. Unas cuentas turbias con el fisco le han conducido a prisión. Él, que sirvió al Rey con gallardía, que fue herido y mutilado en el combate contra el turco, secuestrado por piratas, cautivo en Argel; recibe el presidio por pago a sus servicios,.

El hombre se saca del jubón raído la carta que le ha dirigido el Rey en respuesta a su segunda petición solicitando un cargo en las Indias. El billete es de hace quince años y está casi deshecho, lo relee: “Busque por acá en qué se le haga merced”, le responde el monarca, el dueño del mundo.

El hombre, que siempre ha colocado el honor por delante del dinero, creía que el que resiste vence y que incluso los que sucumben son dignos de elogio si lo hacen con honra como lo hicieron los hijos de Numancia. Sin embargo, se siente, en la hora triste del desamparo, ahíto de amargura, vencido sin remedio, más versado en desdichas que en versos. Sus ideales de juventud yacen malheridos víctimas de la violencia de la vida. La ingratitud, la mezquindad, las envidias, toda la coalición de miserias de su injusta España le han desangrado el alma. La patria entera es un inmenso solar cuyos muros se desmoronan. Pícaros que sobreviven gracias al engaño, hidalgos empobrecidos, conversos marginados, caravanas de presos enviados a galeras; miserables, desheredados, hambre, injusticia, enfermedad, piojos y chinches. Mientras los nobles y los burgueses de cuellos engolados, enriquecidos y soberbios, observan y desprecian a la plebe que bulle y sufre en su penar diario. No hay en qué creer, ni siquiera en una Iglesia tan descorazonadora como profana en sus prácticas, aunque se engalane con un ramillete de santos, místicos y ascetas. España martillo de herejes. Qué importa que los galeones arriben de las Indias cargados de oro y plata, nunca será suficiente para saciar la codicia de los poderosos y las deudas contraídas, el país es un pozo de corrupción sin fondo.

El hombre permanece solo en el calabozo sabiendo que pronto arrojarán otro reo a su celda, otro convicto culpable de pobreza y de hambre. Hace dos días murió en sus brazos un joven, apenas un chiquillo, cuyo nombre era Alonso Quijano, condenado por sustraer un puerco de la finca de un marqués, con el propósito de

alimentar a sus padres enfermos. El desgraciado falleció a causa de alguna enfermedad pulmonar. Su respiración era un silbido hondo, prolongado y macabro, interrumpida por esputos de sangre. Los presos veteranos saben que no conviene demorarse en los duelos, así que Don Miguel ha aprovechado su efímera soledad para pergeñar unas líneas de una novela que ha engendrado mientras purga su pena en la Cárcel Real de Sevilla.

¿Por qué escribir? se pregunta el autor. ¿Acaso emborronar unos cuantos papeles puede devolverle la libertad y restituir su buen nombre mancillado por la condena? Escribir porque es lo único que le sosiega frente a las adversidades de la vida. Él, que se le ha dado contemplar más de un exorcismo, compara el acto de escribir con expulsar sus propios demonios. Escribir es lo único a lo que puede aferrarse para no capitular.

Escribir. Todavía aspira a conseguir un magro salario con sus letras, así que sus historias han de gustar al público. La visión que se reitera en su imaginación desde hace semanas, como un sueño recurrente, es la de un personaje, un hombre de su misma edad, un hidalgo cincuentón devoto de los libros de caballería que se pasa las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y que así, del poco dormir y del mucho leer, se le ha secado el cerebro y ha perdido el juicio hasta el punto de creerse –bajo el resplandor de la lumbre de su locura- caballero andante. La idea es simple: poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería. Esa literatura amada por el vulgo, esos libracos manoseados que ha hojeado y leído gracias a la cortesía de algún comensal mientras aguardaba a que le sirvieran la cena en rudos mesones. Será una novela humorística. Un loco que recorre la Mancha disfrazado de caballero a lomos de un viejo rocín, asistido por un fiel, simple, glotón y prosaico escudero. Don Quijote, que es el nombre que adoptará el protagonista de su novela para acometer sus hazañas, también conocido como el Caballero de la Triste Figura, se hará armar en la orden de la caballería en una venta que él confunde con un castillo, batallará contra molinos a los que tomará por gigantes y se prestará a desfacer entuertos siguiendo el código de honor de los caballeros, no consiguiendo otra cosa que el ser apaleado en numerosas peripecias. También rendirá culto a su amada: Aldonza Lorenzo, una moza con la mejor mano de la Mancha a la hora de salar cerdos, a la que toma por poco menos que por una princesa y a la que rebautizará con el sonoro nombre de Dulcinea del Toboso.

Como una criatura gigantesca, una araña que desenvuelve un inmenso hilo, el hidalgo cabalga y lo que se va cociendo en la imaginación del escribiente comienza a trascender la simple chanza y la ocurrente parodia. El autor va comprendiendo las posibilidades y el alcance del argumento que hilvana.

Los ideales caballerescos de Don Quijote, su derroche de valor, sentido de la justicia y culto a la belleza, se estrellarán contra la realidad bronca e ingrata, levantando un auto de fe en el que arderán todos los vicios de su época. ¡Cuán extraña ventura hallar virtud en la derrota, descubrir heroísmo en el fracaso! Don Quijote crece a medida en que el autor labra su obra. Y el loco hace de su desvarío un alegato de lucidez extrema, por lo que el hidalgo se agiganta hasta representar lo más generoso e íntegro del ser humano. Y es así como Don Miguel de Cervantes y Saavedra comprende, en la penuria de su celda, que él es también Don Quijote de la Mancha; ligados ambos, autor y personaje, cuerdo y loco, por una relación paterno filial, uncidos por el yugo de una misma derrota.

El ocaso embadurna de tinieblas la mazmorra. Cervantes reniega y enciende una vela; suspira, moja la pluma en el tintero y escribe: En un lugar de la Mancha...

Héctor Daniel Olivera Campos



LA CENA

Por Teresa del Carmen Zamora

Habían concertado una cita para comer. Su emoción la había incitado a dar órdenes para preparar un succulento banquete: cerdo, verduras y pastel se servirían esa tarde. Además, la sirvienta tenía la orden de no entrar al saloncito y retirarse inmediatamente a su cuarto al terminar la comida.

—Gloria, ¿no crees que estás exagerando? —le dijo, preocupada, su hermana Consuelo, al ver llegar a la sirvienta del mercado, roja como un tomate y cargando sin ayuda las múltiples bolsas de la compra.

Ella sólo le respondió con una mirada furiosa. Aún tenía mucho que hacer, pulir la platería, perfumarse y preparar el té.

A las seis de la tarde, ya estaba todo listo. La mesa resplandecía y el comedor se inundaba de aromas invitantes. Gloria había bajado a esperar a la sala. Parecía una muñeca de porcelana, hermosa, con el talle esbelto de una princesa. Lo único que afeaba su rostro era esa pequeña arruga que surcaba su frente cada vez que se preocupaba y que le hacía recordar que tenía treinta y tres años y aún no se había casado. Cada persona tiene una prioridad, un sueño inalcanzado y ése, era el suyo.

Pero las horas pasaron y el timbre no sonaba. El cerdo se secó y la ensalada se fue agriando por culpa del limón agregado.

Comenzó a soplar un frío terrible, tal vez esa fuera la causa de su demora. Pero la noche cayó y no había rastro de él. O de su carro. O de su sombra. Ella, con los ojos vidriosos, miraba sin pestañear la calle desierta.

—Gloria, ya ven a comer, por favor —le dijo su hermana, acariciándole el cabello y posando sus manos en sus hombros.

—Esta vez sí va a venir, Chelo, estoy segura, unos minutos más...—dijo, retirando las manos de su cuerpo y asomando su cara a través de la ventana. Un perro paseaba por la calle solitaria, mirando con ojos tristes la alcantarilla vacía.

Era la tercera y la última vez que la dejaba plantada.

Él sería el último hombre al que esperaría.

Teresa del Carmen Zamora



HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE

Por Héctor M. Magaña

Tengo un trabajo importante, y eso fue gracias a mi viejo. Él me enseñó el valor del trabajo duro. Me daba libros como *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Fue así como me animó a hacer la licenciatura en contaduría y la maestría en administración de empresas en la Escuela de Negocios.

Soy empresario, y si la gente me pregunta cómo llegué tan lejos, fue gracias a uno de los sermones de mi viejo: “hablando se entiende la gente.” Tenía labia, como se dice.

¿Por qué escribo todo esto? Para hacer un libro. Son apuntes para mi nuevo libro. Todavía no se cual título le queda mejor: Labia, tu aliado, tu don o Poderoso caballero es don Lengua. Comencé el plan de escribir este libro después de una reunión con unos excompañeros de la Escuela de Negocios. Uno de ellos, B, trabajaba en una agencia de autos franceses, como gerente. El pobre diablo me envidiaba. Decía que yo no tuve que mover mi culo, que todo fue orquestado por mi viejo. Me decía: “tú solo ibas a jugar golf con tu viejo, ese cabrón hacía los negocios con los que jugaba, mientras que tú no podías hacer ni dieciocho hoyos.” Me reí, al igual que ellos. No había necesidad de enojarse. Le hablé sobre cómo hice mis movimientos yo sólo, mientras que él siempre fue un perro faldero, un simplón sin personalidad y que por eso sólo era gerente de una sucursal tan mediocre como él mismo. Se calló, después me despedí de los demás invitados y me fui. Al día siguiente me enteré de que B saltó del edificio donde trabajaba, su cabeza se hizo una sopa de mierda con sesos. Hablando se entiende la gente.

Pero lo que verdaderamente me impulsó sucedió después de eso (ya tenía una idea de que debía escribir sobre mis consejos como empresario). Estaba en mi oficina, cuando mi secretaria me dijo que tenía una llamada. Una furibunda mujer me insultaba desde la bocina. Me decía genocida, que mi empresa era una máquina de muerte y que el planeta se jodería en un santiamén por mi culpa. Le dije que no fuéramos irracionales. La invité a mi oficina a charlar como personas civilizadas. Aceptó de mala gana.

La mujer gritona llegó. La verdad, su aspecto físico era lo que se podía esperar de alguien como ella: vestía con prendas que seguramente había comprado a una chamula, una trenza le estiraba su cabello maltratado, y su cuerpo gordo a duras penas entraba en la puerta. Se llamaba María.

Retomé las críticas que me dijo por teléfono, y le dije que nuestra empresa se preocupaba por las personas, le dimos trabajos a cientos de mineros así como ingenieros, contables, etc., etc. Ella me dijo que las mineras de mi empresa estaban calentando el planeta. Me reí. Soy muy risueño, la verdad.

—Estimada, María —le dije— debo de decirle que usted ignora la ciencia y el progreso. ¿Acaso usted no ha escuchado del gran naturalista Buffon?

—No, no.

—Fue el creador de la Historia Natural del siglo XVIII. Vivió en el siglo de las pelucas. Clasificó animales, plantas y todo eso. Él tenía una teoría que ahora se está demostrando con toda claridad.

—¿Cuál teoría?

—La Gran Helada. A usted le debieron de enseñar en la primaria (al menos terminó la primaria, supongo), que dentro de la Tierra hay un núcleo ardiente que hace que el mundo funcione y nos proteja. Pues bien, Buffon comprobó que llegará el día en que ese núcleo se vuelva de hielo y nuestro planeta entre en un período de congelación brutal que exterminará toda forma de vida, por eso la expansión de la civilización y “el calentamiento global” son algo bueno. ¡Estoy salvando a la humanidad de la Gran Helada, María!

Ella me dijo que todo lo que le decía eran sofismas, que alguien tan ignorante como yo era la causa de que haya tantos reaccionarios y capitalistas salvajes. La miré en silencio y, después de despotricar frente a mí diciendo que haría todo lo posible para que mi empresa quiebre y no saque nada más de la tierra, se marchó. Cuando se marchó hice una llamada a mis hombres para que le hicieran una visita corta, los convencí de hacerlo gratis, a cambio los haría socios de mi empresa. Hablando se entiende la gente, aunque ellos tienen otros métodos más rápidos.

Héctor M. Magaña

PESIMISMO CONVALECIENTE

Por Aline Doniz



Me he hecho vieja en este oficio de desaparecer, de hacerme la muerta cuando la abundancia y el regocijo son apenas excusas del porvenir. ¿Y qué si me gasto el rencor de los años en que no existo más que en el anonimato, en maldecir a todo pulmón la buena vida que no viene?

Me empeño en no sacrificar demasiado, porque de adioses y esperanzas, he forjado mi aposento. Mi cama, por ejemplo, oscila entre la ansiedad del que espera la llamada del ser amado, la noticia, el trabajo remunerado, y la parsimonia terrible del cuerpo cuando yace en descomposición de emociones.

Duermo poco y sueño mucho, que los tiempos son mejores, sin apología a la vanguardia ni recato sensiblero; dignidad y justicia, acaso lo atractivo de un destino virtuoso; generaciones humanas de paz sin luto, amor sin hambre. Sucede que también, a veces, sueño a sorbos, sin espiritualidad, pretensión ni esnobismo, que retomo una rutina y la poseo hasta los huesos, mientras convoco a mis diplomas, proveer el pan tibio de cada día —extravagante, lo entiendo—.

Escribo más y miento menos; qué es apenas la escritura sino un método eficaz de malcriar la mano para inventar piadosamente la verdad. Reciban mis condolencias quienes hayan leído al menos de mis labios, pronunciarme poeta de ocasión. Me enarbolo en los más altos estándares de la supervivencia, porque hasta los desposeídos de unicidad, tenemos derecho de ser eternos.

Heme aquí, recostada, con un manajo de romero sobre el frágil lomo de mis peticiones, de mi nación y porvenir de negros soles. Que la suerte cure lo que la historia ha postergado.

Aline Doníz



DISCÍPULO

Por Kras Quintana

—No somos más que animales con razonamiento. Subyugados por otros con poderes imaginarios. Vivimos en una pirámide que cada vez se alza y nos desplaza a lo más profundo del olvido, esclavizados para el entretenimiento de otros que...

La reflexión fue interrumpida por la llegada de aquel hombre. Su agotamiento era evidente y tal parecía que venía de sus labores. Dejó su maletín en la mesa y se acercó al balcón del apartamento, tomó una silla y se sentó a la par de la blanca jaula. La lora lo observaba con detenimiento, y él empezó con sus reflexiones:

—No somos más que animales con razonamiento....

Kras Quintana

The background of the page is a stylized illustration of a stormy night. It features a dark, stormy sky with white rain streaks falling diagonally. In the center, there is a brown house with a red roof, a pink door, and several windows. To the right, another house is partially visible. In the foreground, there are several brown, leafless trees with thick trunks and branches. The overall style is simple and illustrative, with bold outlines and flat colors.

FIN DEL MUNDO EN OCTUBRE

Por Dany Díaz Mejía

Una vecina muy querida era una acérrima aficionada a las historias del fin del mundo. Hacía fogatas donde leía fragmentos del libro del Apocalipsis, que luego intercalaba con explicaciones escalofriantes, respaldadas por hechos recientes. Nos reuníamos en un punto equidistante entre las puertas de su casa y la de otra vecina que suponíamos sentía un desprecio total por los niños de la aldea, el cual mostraba pinchando todas las pelotas de plástico que caían en su patio durante nuestros partidos de fútbol improvisados. Esa proximidad a una posible presencia maligna le daba un aire de rebeldía a esas noches, cuando las sombras de los árboles de acacia, que abundaban en nuestra aldea, parecían ennegrecerse y adquirir formas que adivinábamos siniestras.

A parte de los niños, también llegaban muchas de nuestras madres, pero ni siquiera ellas se atrevían a interrumpir las terribles profecías de nuestra vecina. Aunque mis hermanos y yo nos moríamos de miedo al final de cada sesión, nos encantaba escucharla y quizás sentíamos que las galletas y el café con demasiada azúcar, que nunca faltaban, compensaban de alguna forma el terror de las imágenes que nos ofrecía.

Cada día mi vecina estaba más convencida de la inminencia del fin del mundo en los próximos dos años. Una noche de luna llena aprovechó para explicarnos que cuando el fin empezara la luna se tornaría roja, pero que no podíamos confundirnos cuando eso pasara, el rojo vendría de una sangre espesa que penetraría al astro hasta rebosarlo, y no de ninguna luz como probablemente pensarían aquellos que no figuraban entre los entendidos. Luego tomó una moneda de cincuenta centavos y la sacudió frente a nosotros con sus manos envejecidas precipitadamente por el sol. Nos dijo que en los días finales el dinero perdería todo su valor y aun los más ricos de la tierra no podrían usarlo para comprar ni siquiera frijoles con gorgojos o mangos gusanosos, lo que desde luego no sería un problema para nosotros, a quienes siempre nos había sido tan esquivo, pero el hambre, con la que sí estábamos familiarizados en términos íntimos y concretos, nos rondaría a todos sin excepción. Las tarjetas de crédito, que nadie en nuestra aldea había visto o tocado, eran el primer paso de la inevitable obsolescencia del dinero. Pronto todos tendríamos esas malévolas herramientas del demonio en nuestras manos que de repente se volverían inútiles.

Añadió que en esos días el agua escasearía, empujándonos a registrar cada rincón de la tierra para buscar algún charco olvidado y desearíamos el agua que tanto habíamos malgastado, pero ni siquiera el río Choluteca que siempre nos había recibido en Semana Santa nos ofrecería consuelo, solo podríamos besar las ruinas húmedas de su fondo y lamerlas de la desesperación. En ese momento los enviados de El Maligno nos ofrecerían ayuda a cambio de dejarnos marcar la

frente con su sello, el 666, que aplicarían con un fierro caliente tal como se hace con las vacas.

Tomó un pedazo de ocote y nos señaló, como si adivinara nuestra propensión a vender nuestras almas en un intento fallido para evitar las amenazas que nos pintaba con sus palabras. Tiró el pedazo de leña al fuego y dijo, casi triste, que nadie se salvaría del juicio.

Era 1998 y mi vecina no era la única que vaticinaba el fin del mundo. En la radio daban una explicación sobre cómo las computadoras no serían capaces de procesar fechas más allá de 1999, por lo que aseguraban la cercanía del colapso mundial en el 2000. Mi mamá sin embargo era muy escéptica de que viviéramos en "los últimos tiempos". Nos decía que ya había sobrevivido a varias predicciones parecidas, al igual que su abuela, quien sobrevivió al infame junio del 1966 y su relación siniestra con el número de la bestia. Para mi mamá el libro de el Apocalipsis era un relato de cómo nosotros nos salvaríamos en medio del desastre total. En el fondo, mi mamá era una optimista, y yo creía haber descubierto la prueba irrefutable de que tenía razón.

Cada tanto llegaban vendedores de la editorial Océano a nuestra aldea. Mi madre sacó una de sus enciclopedias ilustradas al crédito. Yo me fasciné con ese objeto. Era un libro gordísimo y pesado, esencialmente un diccionario gigante con ilustraciones. Para cada país, la enciclopedia tenía información básica como continente, población, o moneda, pero ningún dato me cautivó tanto como el de esperanza de vida, la cual a los nueve años entendí como la cantidad de años que le quedaban a cada país antes de extinguirse. El efecto fue vertiginoso.

En esos años cargaba una libreta roja conmigo a todas partes. Anotaba todos los datos curiosos que leía o escuchaba. Anoté, por ejemplo, que algunos hombres sienten los síntomas del embarazo al mismo tiempo que sus parejas, que el quechua es un idioma hablado en partes de Sudamérica, que en inglés existe un pronombre para los objetos, y que, según su color, los duendes pueden ser buenos o malos. El cuaderno era el destino obvio para mi nuevo descubrimiento.

Hice una lista con los países de los que más sabía o cuyo nombre me gustaba: España, Estados Unidos, Mozambique, Francia, y otros tantos. Al lado de cada país transcribía el dato de la esperanza de vida de la enciclopedia. Mi lista se extendía una página. En mi lista Japón tenía la esperanza de vida más alta con 94 años que sumados a 1998 me lanzaba al 2090. Cuando llegué a esa conclusión, me sentí dueño de un poder especial. Además de entretenerme, mi enciclopedia me acaba de regalar algo más importante, el año exacto del fin del mundo.

Cuando leí la esperanza de vida de Japón estaba seguro de que el cálculo de mi vecina estaba equivocado por al menos 92 años. Era un monto tan exorbitante que mi imaginación lo interpretó como inalcanzable, por lo que decir que el mundo acabaría en 92 años, era casi como decir que el mundo no acabaría nunca. Luego llegó octubre y ya no estuve tan seguro.

El Huracán Mitch comenzó como una tormenta tropical en el caribe el 10 de octubre. Mi papá era un amante de la radio. Pasaba muchas noches escuchando un programa de rock en inglés que intercalaba canciones con cápsulas informativas. Esos días especularon que el Mitch llegaría como tormenta a Honduras y que no pasaría a más, pero 17 días después, la tormenta se había convertido en uno de los peores huracanes de nuestra historia. Nuestra vecina interpretó el huracán como la señal más reciente de que entrábamos en la época final del mundo. La esperanza de vida en Japón empezaba a tambalear como contraargumento y tuve miedo.

Una de las primeras noticias que tuvimos en la radio fue la de un barco que desapareció en las Islas de la Bahía, muy al norte de Honduras. La embarcación se llamaba "El Fantasma", lo que mi vecina añadió a su lista de augurios que confirmaban el Apocalipsis. Sin embargo, nada enardeció tanto su convicción como el anuncio de que un congreso de brujos se había planificado en las islas para esos días. Nos explicó que seguramente Dios nos castigaba por dar cabida a la posibilidad de un anticristo hondureño. Yo nutría mi libreta roja con los datos y argumentos nuevos a favor de mi vecina en una página, para luego compararlos con la evidencia que apoyaba mi teoría en la siguiente hoja.

Al principio, mis padres pensaban que mi vecina exageraba, pero después de cuatro días de lluvia ininterrumpida, nadie se atrevió a descartar tan contundentemente sus advertencias. Nos llegaron noticias de que Tegucigalpa había colapsado. El río Choluteca había crecido al punto de inundar todas las calles de la ciudad. El sistema eléctrico falló y nos quedamos físicamente incomunicados.

La radio de mi padre operaba con baterías, por lo que mi casa se convirtió en un centro de noticias. Algunos vecinos llegaron para sentirse informados, otros para hacer más llevadero su posible naufragio con las historias picantes que se contaban entre la música y las noticias, mientras otros tantos se limitaban a tomar los litros de café que mi mamá repartía entre los asistentes. El quinto día, mientras escuchábamos la radio, un amigo llegó a decirnos que el río más cercano estaba desbordándose y que si seguía creciendo terminaría sumergiéndonos, como les había pasado a tantos en Tegucigalpa.

Entonces los adultos armaron un plan de sobrevivencia. Todas las familias

caminaríamos al cerro más cercano, que alguna vez fue un reformatorio para jóvenes, y que nuestra vecina profeta creía poseído por el demonio. Solo podríamos llevar comida y una mínima cantidad de ropa. Todos nos reuniríamos a las cuatro de la tarde en la salida de la aldea. En mi casa tuvimos dos horas para preparar unos sacos que llenamos con todo lo que pudimos y que luego nos dividimos para cargarlos. Quise empacar la enciclopedia ilustrada pero no hubo manera de convencer a mi mamá. Seguía lloviendo cuando al fin estuvimos listos para salir.

Para llegar al cerro, había que caminar dos kilómetros por una calle de tierra, rodeada de palos espinosos. Muchas mujeres cargaban bultos en sus cabezas y guiaban a sus hijos con instrucciones afiladas. El viento derribó muchos árboles, incluyendo el palo de eucalipto que había sido un punto de referencia en mi aldea desde tiempos remotos. La calle se convirtió en un gigante charco que nos llegaba casi a las rodillas y se movía por una corriente que amenazaba con arrastrarnos a una dimensión desconocida.

Después del primer kilómetro llegamos a una quebrada que había crecido de una manera desmedida. Los adultos hicieron un tipo de cadena humana para ayudar a cruzar a todos los niños. La quebrada se llevó muchos de los bultos. Una señora daba la impresión de jalar a su hija, casi como arrastrando sus pies. Cuando llegaron a la quebrada la niña perdió uno de sus zapatos. La señora estuvo a punto de lanzarse tras él, pero un vecino que venía atrás se lo impidió. Son raras las cosas que pueden importarte cuando pensás que se acaba el mundo.

El antiguo centro de jóvenes era enorme. Frente al complejo había una estatua de la virgen María construida con pedazos de azulejos de distintos tonos. El lugar había sido abandonado hace más de veinte años bajo condiciones que nunca fueron esclarecidas. Sin embargo, alguien pagaba a un antiguo trabajador para fungir como vigilante durante las noches. Era un hombre viejo y de pocas palabras. Nos recibió en el portón y nos llevó al edificio principal que tenía muchos cuartos y salones. En el piso había vidrios rotos y estaba cubierto por una capa de polvo espeso que probablemente no habría podido ser removido ni siquiera por las campañas intensas de limpieza que mi mamá dirigía en mi casa antes de cada fin de año. No faltó quien a pesar de nuestra condición de refugiados hizo una mueca de reproche por el abandono en que se encontraba el edificio. Nuestro guía, como adivinando estos pensamientos, dijo que le pagaban para vigilar y no para hacer limpieza. Las familias se dividieron por todo el edificio. Mi mamá ayudó con una cocina improvisada, donde todos trataban de combinar la abigarrada colección de comida que logramos llevar hasta la cima del cerro. La lluvia siguió después de la cena.

Los adultos decidieron armar dos rondas de vigilancia. Una ronda sería en el edificio para evitar cualquier disturbio entre los vecinos que probablemente sumáramos más de cien. La otra ronda sería para acercarse a los bordes de la aldea y monitorear cómo crecía el río. A mi padre le tocó el primer turno para volver a la aldea. Yo temí en las profecías de mi vecina, de la gente que se pierde en distintas catástrofes naturales. Mi madre también se preocupó, pero mi padre cumplió con su misión. Fue una de las pocas veces que vi a mis padres besarse en la boca.

Mi vecina profeta contó historias toda la noche. Nos contó que el centro había cerrado cuando el sacerdote que lo inició fue asesinado y que su espíritu a veces rondaba los pasillos por la noche. Luego dijo que no estaba tan segura si por eso fue en que en verdad cerró el centro, pues alguna vez también le llegaron noticias que fue porque uno de los chicos se suicidó, un joven, añadió, que probablemente vivió en uno de los cuartos dónde nos quedábamos. Nadie durmió esa primera noche en el cerro.

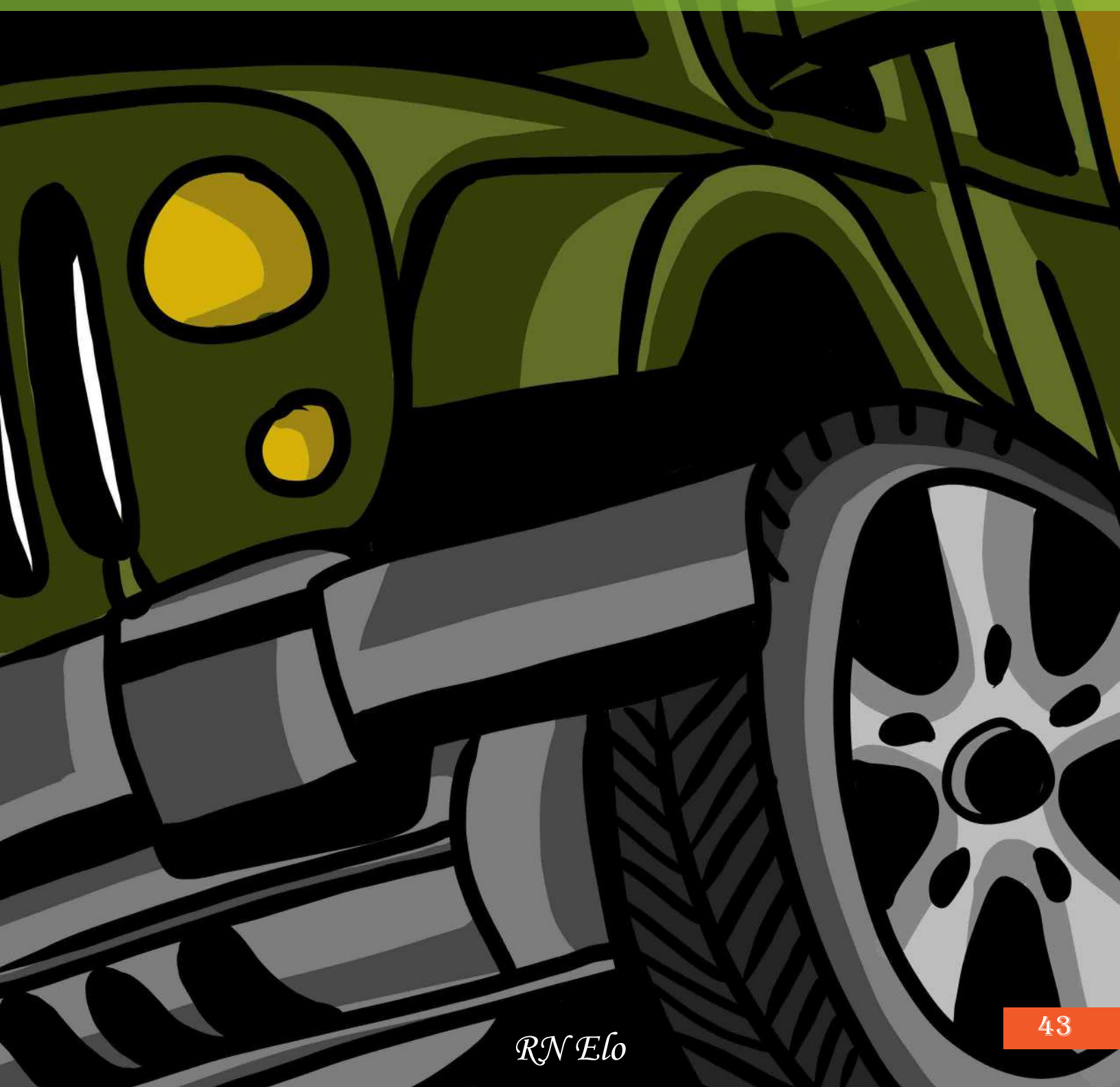
Mi padre volvió a la mañana siguiente y lo recibimos como a un héroe. Por las noches escuchábamos como el huracán arrasaba con todo. Hubo un momento en el que anunciaron que el huracán estaba por dejar el país, pero sin que nadie pudiera explicarlo, decidió quedarse, moverse lentamente y estirarse dos días más. Yo recordé mi libreta roja y pensé en mis apuntes de la clase de la primera comunión, recordando cómo Noé logró salvarse del diluvio e hice una nota mental a favor de mi teoría de que el mundo no se acabaría en esos días.

Por la radio escuchábamos cómo el río en Tegucigalpa arrastraba electrodomésticos de las tiendas que se desplomaban por la corriente. Algún vecino trató de animarnos proponiendo una pesca de los muchos artículos que nadie tenía en su casa, como licuadoras o refrigeradoras, cuando la lluvia pasara. Nadie dijo nada a su favor, pues no querían parecer frívolos, pero a todos nos hizo ilusión. Cuando la lluvia cesó por dos días, los adultos decidieron que era seguro volver a nuestras casas. El río nunca llegó a nuestra aldea, aunque el puente sobre él colapsó y nadie pudo ir a la ciudad por unos meses. El mundo no terminó ese octubre, pero cuando el huracán acabó habían muerto casi seis mil personas y desaparecido ocho mil en todo el país. En mi aldea y los pueblos cercanos aumentaron los casos de malaria. No tuvimos agua potable ni luz eléctrica por muchos meses, pero nos sentíamos aliviados por haber sobrevivido. Unos meses después aprendí más sobre la esperanza de vida y sentí que mi vecina tomó la delantera en nuestra disputa sobre el fin del mundo; pero cuando llegó el 2000, tampoco acabó el mundo. Hoy, nuestra disputa se resume en un empate.

Dany Díaz Mejía

PARQUE 2022

Por Brescka Martínez



En una carretera, marchan cinco personas asustadas y expectantes a cualquier movimiento que ocurra en dirección este. Unos minutos después, el corazón de cada uno se empieza a agitar y algo estalla unos kilómetros a sus izquierdas. Es la explosión más grande que nunca nadie ha visto. En menos de un segundo solo sienten que se ahogan debido a la presión atmosférica y eso es todo. No hay imágenes pasando frente a sus ojos, excepto algún flash de color cálido. Unos segundos después, todos aparecen en la misma carretera de camino al mismo lugar, esta vez no están asustados, pero uno de ellos manifiesta haber tenido un déjà vu en ese momento, a lo que los otros cuatro aseguran haber tenido uno también. El que maneja parece tener un poco más de lucidez y más o menos describe lo que ha ocurrido antes. Ahora intuyen que están dentro de un ciclo en el que mueren una y otra vez sin que puedan evitarlo. Esta vez, un poco más determinados, intentan calcular el tiempo que transcurre desde que toman conciencia de dónde están hasta que avanzan en espacio y tiempo y todo se vuelve a destruir.

Así, llegan a la conclusión de que pueden alterar los resultados. Se toman un momento para observar qué pasa a su alrededor y notan que no son los únicos que conducen en esa carretera, pero no tienen tiempo para averiguar si ellos no son los únicos enredados en esta angustiante situación. Revisan sus bolsillos y se han dado cuenta que en sus pertenencias tienen una higa mediterránea tallada en hueso de aproximadamente cinco centímetros, como las usadas en la antigua Roma para alejar a los espíritus malignos. No tienen idea de cómo llegaron ahí, pero por decisión unánime deciden utilizarlo. Cerca de la hora de la explosión lo empuñan en su mano derecha y lo colocan en el centro de su pecho. Esta explosión es diferente, no sienten que se ahogan, no sienten calor, ni sienten que se han muerto, pueden seguir avanzando. Vuelven a aparecer en la misma carretera, pero esta vez la gente de afuera se ve más preparada y organizada.

Paralelo a la carretera la gente trabaja como soldados en guerra, sin embargo, desde el Jeep son más bien del tamaño de hormigas. Los cinco han pensado sin ningún fundamento en utilizar globos inflados para no tocarse y los ponen entre sí evitándolo. Vuelven a sacar el amuleto y además una bola transparente de aire del tamaño de una bola de golf y la meten en su boca justo en el momento de la explosión. Todo estalla por última vez y lo único que sienten es como si con una aspiradora les succionara el alma por la boca. El alma de los cinco pasajeros quedó a salvo en esas burbujas que explotan en el aire unos segundos después que un niño sopla dentro de un aro de plástico en el parque.

Brescka Martínez

An illustration showing the lower halves of two people standing on green grass. The person on the left is wearing a pink top and a blue skirt. The person on the right is wearing a blue top and white shorts. They are holding hands. The central text is overlaid on a teal horizontal band.

LOS CUATRO PASOS

Por Lara Urteaga

Uno: *si viene la guardia, los de verde olivo, encuentra a tu hermana. Dos: corran al patio de atrás y salten la cerca. Tres: corran por el monte a la casa de los abuelos de sus primos. Cuatro: háganse pasar por sus nietas.* Mis padres habían dejado claro qué teníamos que hacer si ellos no estaban en casa y la guardia llegaba. No nos dieron explicaciones y no nos dejaban preguntar, simplemente así era la realidad para mi hermana de diez años y yo, de ocho. No sabíamos quiénes o qué eran esos soldados, pero sí que eran malos y que nos detenían dos veces antes de llegar a nuestra casa en Xiloá.

El 12 de mayo era sábado, usualmente pasábamos comiendo fruta de los árboles de nuestro patio o jugando con nuestros primos, ya que éramos todos vecinos.

Mi madre estaba en el mercado, con mi tía que vivía al lado, y a mi padre lo habían llamado a la oficina, algo que era inusual, porque él no trabajaba los fines de semana. Así que en la casa solo se encontraban mi hermana, María, la muchacha de 17 años que nos cuidaba, y yo.

Ese día alguien tocó el timbre del portón del frente. Era un gran portón negro de metal lo suficientemente grande para que dos carros pasaran a la vez; también tenía una puerta más pequeña para que se pudiera pasar sin abrirlo completamente, y en la parte de atrás de la casa solo había una malla. Yo fui a abrir el portón y por la grieta entre las dos puertas vi a los de verde; comencé a escuchar los latidos de mi corazón en mis oídos.

Uno: si viene la guardia nacional, los de verde olivo, encuentra a tu hermana, me dije a mí misma. Comencé a correr para buscar a mi hermana.

—¿Por qué no abriste la puerta? —me gritó María desde la cocina. No le respondí.

Encontré a mi hermana, estaba al lado del teléfono; me anunció que mamá había llamado desde el despacho de nuestro padre y que le había dicho que unos soldados iban a llegar, que ya estaban en la casa de nuestro tío. En ese momento escuchamos cómo María salía de la cocina y se dirigía hacia el portón del frente.

Dos: corran al patio de atrás y salten la cerca. Comenzamos a correr hacia la cerca de atrás, mis piernas temblaban, a lo lejos escuchamos los ladridos de los perros de mi tío. Cuando llegamos, escuchamos voces y pudimos ver un movimiento por los huecos de la malla. Nos quedamos mirándonos a los ojos, como de venados rodeados por lobos. La guardia había rodeado nuestra casa.

Tres: corran por el monte a la casa de los abuelos de sus primos. Corrimos de regreso a la casa y cuando entramos los lobos ya estaban ahí. Estaban vestidos de verde, excepto uno: ese estaba de blanco.

Cuatro: háganse pasar por sus nietas. Nos sacaron de la casa y nos sentaron afuera, al lado del portón del frente, y nos comenzaron a interrogar.

No volvimos a entrar a la casa. A María también la sentaron afuera, pero de vez en cuando la metían a la casa. Estuvimos sentadas allí por horas, hasta que escuchamos múltiples sonidos fuertes que venían de la casa del vecino, nuestro tío.

Ese día en la casa de mis tíos se encontraban seis personas, él, su hijo menor, de 11 años, que estaba ahí porque se sentía enfermo y no se había ido con su hermano mayor a un juego de baseball, unos primos de 11 y 12, la empleada, el jardinero, y tres perros.

Conté 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4. En cada conteo sonó uno de esos sonidos ensordecedores. Después de los ocho disparos hubo silencio, roto por algo que vino de la casa de mi tío, un llanto... no, más bien un aullido.

Lara Urteaga

The background of the page is a stylized illustration. A hand is shown holding a bright red apple with a green stem and three leaves. A green snake with yellow eyes is coiled around the hand and the apple. The scene is set against a green background with a tree branch and leaves on the left side.

A SU IMAGEN Y SEMEJANZA

Por Rodrigo Medina

Acontecido el acto, el cielo se tornó oscuro, la maleza entorpecía el andar y la orquesta precedida por las aves, grillos y demás criaturas pereció ante el ruido de lo inhóspito y lo salvaje.

Ella seguía avanzando, se arrastraba torpemente ansiosa por verle. El corazón del jardín aún conservaba su claridad, y el suelo era acariciado por los haces que lograban escabullirse entre las ramas del enorme árbol. Junto a éste, en pose erguida y temple firme, se encontraba el hombre, con el tacto íntimo de su mano sobre la corteza. Ella lo observó detenidamente, con una mueca de decepción dibujada en su rostro.

—¡Oh, Adán! Mi querido Adán —dijo ella mientras se acercaba a él—. ¿Por qué tu cuerpo y tus ojos disimulan tu desgracia? ¿O acaso es tu mente la que te engaña?

—¿Desgracia dices? —respondió Adán— nunca me había sentido tan dichoso —agregó, mientras alzaba sus brazos y con la vista hacia al cielo, giró su cuerpo sobre el mismo sitio con el más alegre de los movimientos.

La confusión se había apoderado de ella, no lograba comprender lo que estaba viendo. Trepó al árbol hasta llegar a la rama más cercana, de la cual se colgó quedando con la cabeza suspendida frente a Adán.

—Pero Adán, has comido del fruto del árbol del conocimiento, del bien y el mal. Has quebrantado el mandato de tu señor y ahora tu alma está en deuda.

—Mi alma no está en deuda con nadie —dijo Adán a la serpiente— sí, he comido del fruto, pero no ha habido maldad en mi acto —él extendió su brazo derecho señalando todo cuanto había a su alrededor—. ¿Veis esta tierra llena de vida? No he actuado con crueldad contra ella, ni contra las criaturas que la habitan, ni contra mis iguales —hablaba con una voz cálida, pero ni la suavidad de su tono, ni la tranquilidad de su aliento, les quitaban seguridad a sus palabras—. Por eso no asumo culpa alguna, por el contrario, ahora soy consciente de este cuerpo y de esta mente que se me ha dado, capaz de descubrir los saberes del mundo y doy gracias por ello.

La serpiente se rió, burlándose de las palabras de Adán. Ella se estiró hacia él y este le extendió su brazo para que le sirviese de soporte, de modo que esta le recorrió el cuerpo enrollándose finalmente sobre su torso.

—El fruto te ha vuelto arrogante Adán —dijo la serpiente— ¿cómo puedes estar orgulloso de ese cuerpo? Un cuerpo que se formó del polvo y que ahora es carne.

Y la carne, Adán, es lo más mudado de la vida —mientras hablaba le siguió enrollando el cuerpo hasta que lo cubrió completamente—. Las demás criaturas no son conscientes de ello, pero tú sí Adán. Serás visto por tus iguales y ellos te juzgarán. Vivirás ocultando tu desnudez hasta que la vergüenza marchite tu orgullo. —Los cristales tornasol de su cuero habían formado un ropaje sobre la piel de Adán, mismo que desapareció cuando ella volvió a la rama.

—¡Yo amo este cuerpo porque es mío! —exclamó Adán lleno de orgullo y añadió—: Y no encuentro más que belleza en mi desnudez. ¿Por qué debería avergonzarme de lo que soy? —colocó una mano en su propio pecho y la otra la flexionó con el puño cerrado—. Cada parte de mi cuerpo es parte de mi ser, soy pues, una unidad íntegra. Cada músculo, cada vena, cada gota de sangre y sudor, y cada movimiento, me pertenece—. Guardó silencio por un segundo y seguidamente señaló a la serpiente con su índice derecho: —Vergüenza deberían sentir los que viven sin saber que lo hacen, y los que andan sin tener control de su cuerpo. De aquellos sin voluntad yo me apiado.

La serpiente ya no reía, y la cólera le había invadido. Afinó su vista y con una voz agresiva le dijo: —Quizá tengas control de tu cuerpo, pero qué hay de tu mente ¿Cómo puedes estar seguro de lo que crees saber? Ese conocimiento del que presumes no es más que una visión deformada de la realidad. El universo es inmenso y tú un simple hombre, tus sentidos son limitados Adán, y tu mente no es infalible —ella volvió a reírse de Adán, pero sus carcajadas eran más exageradas—. Aun si existiese una verdad jamás llegarás a ella. Tu condena es vivir en la ignorancia —concluyó alegremente.

—¿Y me acusas a mí de arrogante? —Adán se agachó y cortó un poco de pasto del suelo— las plantas reciben su alimento directamente de la tierra —se levantó nuevamente y una vez de pie, acarició la cabeza de la serpiente—. Y los animales sobreviven gracias a su instinto. Pero yo, la más elevada de las especies, soy capaz de adquirir conocimiento. Si solo sintiera como la planta, o si solo percibiera como el animal no podría tener certeza, pero tengo mi mente que permite integrar lo que mis sentidos perciben y ser consciente de mi mismo y de lo que me rodea, y, por lo tanto, de lo que existe. La realidad está al alcance de mis ojos, de mis oídos, de mi tacto, de mi olfato y de mi gusto, y todo esto lo puedo saber. Aún lo más oculto del universo lo descubriré si es real y no gastaré esfuerzos demostrando lo irreal. Porque a diferencia de ti, encontrar la verdad está a mi alcance.

La serpiente sacó sus colmillos, tenía los ojos de un asesino y su postura era la silueta de una amenaza.

—¿Y QUÉ HARÁS CUANDO ESA VERDAD TE SUPERE? ¿QUÉ HARÁS ADÁN? —gritó eufóricamente salpicándole saliva—. ¿Qué harás cuando descubras lo que hubieses deseado nunca saber? ¿Cómo soportarás vivir con el miedo constante de saber que tu vida puede acabar? Mira a tu alrededor. Estás rodeado de peligros, y de cosas que no puedes cambiar. Vivirás abrumado por una realidad que te supera cada día, una vida llena de fobias. Le temerás al tiempo, a la soledad y a la compañía, a los animales y tus iguales, temerás a la naturaleza y le temerás al cambio ¿Seguirás sintiéndote feliz viviendo de esa forma?

Adán sonrió por primera vez, era un gesto divertido y una respuesta para sí mismo.

—En eso te equivocas —dijo— Parece que aún no has aprendido nada. ¿Por qué asumes que he de vivir con miedo? No me asusta conocer todas esas cosas, porque conocerlas me permitirá entenderlas. El miedo es una respuesta a lo desconocido, por eso los animales muestran sus colmillos ante lo nuevo, ante lo que no comprenden. Por eso tú me has mostrado los tuyos, porque me temes, y temes todo esto que te he dicho.

Ella no supo qué decir. Su cuerpo cayó como plomo contra el suelo e intentó cubrirse entre el polvo y la maleza. Se sintió dolida y humillada, aun cuando Adán no obró contra ella, y era esto lo más insultante: sentirse dañada por alguien que nunca tuvo la intención de dañarla.

Adán empezó a alejarse de ella y del árbol. Había cruzado el círculo de rosas que rodeaba el lugar, la oscuridad no le preocupaba, conocía el rugido de cada animal, y el ruido del bosque no eran más que avisos para él, avisos que le indicaban el camino. Anduvo sobre la orilla del río, e hizo una lanza de la mejor rama que encontró.

Llegó pues al final del Edén dispuesto a abandonar el lugar. Pero la terquedad de la serpiente no lo dejaría ir. Ella logró llegar hasta él serpenteando ágilmente entre los obstáculos y las dificultades del bosque, logrando detenerlo antes de que saliera del jardín.

—Espera Adán. Aún no hemos terminado —dijo ella. Esta vez hablaba con el mismo tono de voz que tenía al llegar al árbol—. Tengo una última pregunta para ti ¿Qué harás cuando por tu propia naturaleza tu alma se llene de maldad? Ahora que has perdido la inocencia, y conoces el bien y el mal, ¿cómo justificarás tus actos cuando en tu intento por sobrevivir abusos de tus hermanos y robes sus recur

¿Qué camino tomarás cuando debas elegir entre tus intereses y el bienestar de tus iguales? Dímelo Adán.

Adán se volteó, quedando de espalda contra el jardín y a la serpiente.

—Elegiré siempre mi camino —le dijo— Una cosa debes saber, y es que no existen conflictos de intereses entre los hombres. No robare a mi hermano sus recursos, conseguiré los míos por mi esfuerzo, y dejaré a él, obtener los suyos con su propio esfuerzo. Yo acepto que mi vida y mi trabajo me pertenecen, y por lo tanto acepto que a mis hermanos sus vidas y su trabajo también les pertenece. Nunca obraría contra mi bienestar y por lo tanto nunca obraré contra el bienestar de los demás, porque el día que dañe la vida de mis iguales estaré aceptando que mi vida también puede ser dañada.

—Realmente has sido creado a su imagen y semejanza —concluyó la serpiente con gran asombro—. Eres pues, un fin en sí mismo —dijo, mientras una duda invadía su pensamiento—: Siendo entonces, un ser de tal pureza, ¿Por qué no te quedas en el Edén? —le preguntó

—Porque yo no he creado nada de esto y por lo tanto no me pertenecen. Fuera del Edén, en cambio, hay un mundo de posibilidades que se abre ante mí, esperando que mis manos y mente transformen la nada. Por eso debo ir allá afuera y buscar mi propia felicidad.

Empezó a caminar alejándose de la entrada. Mientras el ocaso le ofrecía un monumento a su figura desnuda, cuyo reflejo, le hizo brillar como un faro que dispersa la oscuridad en su andar. Ese día, la serpiente vio nacer al héroe por primera y última vez.

Rodrigo Medina

LE TOUR

Por Holberth Jarquín



Le más pequeño del grupo se refugió detrás de la puerta. Le guíe, percatándose, regresó por lé.

—Ven, pequeño. No tengas miedo —dijo al acercarse.

—¿Seguro? —refutó le pequeño.

—Sí, les conozco. Tú tranquile, estarás bien —contestó, demostrándole seguridad con sus palabras.

—¿Nunca antes le habías visto? —preguntó le guíe.

—No, hasta ahora -dijo le pequeño y el miedo aún le invadía.

—Ven, no hay por qué temer.

Le pequeño avanzó, viéndoles interactuar.

—Te diré un secreto: la mayoría nos temen. Existen teorías que afirman que, de alguna manera, todos descendemos de ellos. ¿Tú lo crees así?

—No lo creo. La verdad es que no me gustan. ¡Mire ése! ¿Acaso puede verme?

—¡Es posible! Quizá nos intenta compartir lo que trae en su mano, pero es muy joven para representar un verdadero peligro. ¡Ven, pequeño, los demás esperan por nosotros!

—¡Espere! Una pregunta más: ¿qué es lo que él sostiene en su mano?

—Es una banana, una de las tantas frutas que acostumbran comer. Y ahora que ya contesté tu pregunta, corresponde continuar.

Le guíe consiguió integrarle de nuevo al grupo de fantasmés y no sería hasta cruzar a los cuartos que le pequeño perdió de vista al bebé que siempre le observó.

Holberth Jarquín



ENSAYO



INDELEBLE

Por Talissa Carax



Hacia año y medio desde que me crucé con el libro que le daría un sentido a mi existencia, hablo de aquel evento irrecusable por el que todo versado en el arte de las letras pasó porque los hay, hay especímenes condenados a encontrar belleza y magia en tomos abandonados; a sólo ser capaces de conectar con el alma inescrutable de un escritor que se entrega a columnas inmensas de folios y madrugadas de entrañable ensueño y es ahí donde puedes desvelar tu propia esencia. Es algo así como llegar a las profundidades del mar o encontrar el fin del cielo.

Mi escritor favorito decidió ir en mi busca, un día después de verme rebatir la biblioteca entera leyendo títulos de baja estofa y las yemas de los dedos empolvadas; extenuadas o quizás sólo un tanto decepcionadas. Luego tuve el afortunado hallazgo, un libro a la mitad de todo y de nada llamándome; lo tomé entre mis manos y esa noche caí en el sortilegio de su trama o tal vez más importante en el “cómo” había decidido narrarla (algo que propugnaba a morir, Zafón). Absorta en él comprendí que no existía vínculo más extraño, onírico y especial, tan apantallante como el de un escritor y su lector almas que durante décadas y siglos esperaron uno por el otro; porque todos tenemos un libro esperándonos que sólo naufraga en tu vida cuando debe hacerlo, hoy evoqué ese lazo delgado que aparenta ser endeble pero que se aferra a ti a tus memorias y vuelve férrea la nostalgia y la vida fuera de los libros se torna glacial y pétrea, claro, me refiero a la conexión que entablas a través de un libro; casi etérea sino es que acaso ya lo es.

Otra sensación casi indescriptibles es la que nos lleva de la mano a plantarnos frente a la hoja en blanco, con el febril deseo del corazón por verse despojado de todo lo que el alma lleva, que no es poco, en una mezcla de desvaríos y recuerdos que lejanos no acabamos de distinguir nacen manchas inmarcesibles donde a duras penas podemos vislumbrar nuestro “yo” de uso público el que se ríe de chistes banales y toma el autobús medio dormido, pero lo más divertido es...saber que alguien más se verá reflejado en tus páginas, de la profesión de letraherido es acostumbrarse a la autenticidad y a tenerle pavor al esnobismo porque te es imposible abandonarte, hasta renuncias a la cobardía. Y ustedes dirán “qué es lo divertido exactamente”, pues esa respuesta radica en la belleza de amar los libros ellos te enseñan que vivir debe ser divertido para devenir en algo emocionante, pero yo lo digo en calidad de amante de las letras. Después de decir esto creo que los doctores y literatos tienen mucho en común. Amar la narrativa es amar la vida, amar la literatura es amar lo ignoto y los libros son de todos, así como la música.

Mi intención es tan sólo rescatar a los escritores del Cementerio de los Libros Olvidados

A
Zafón.

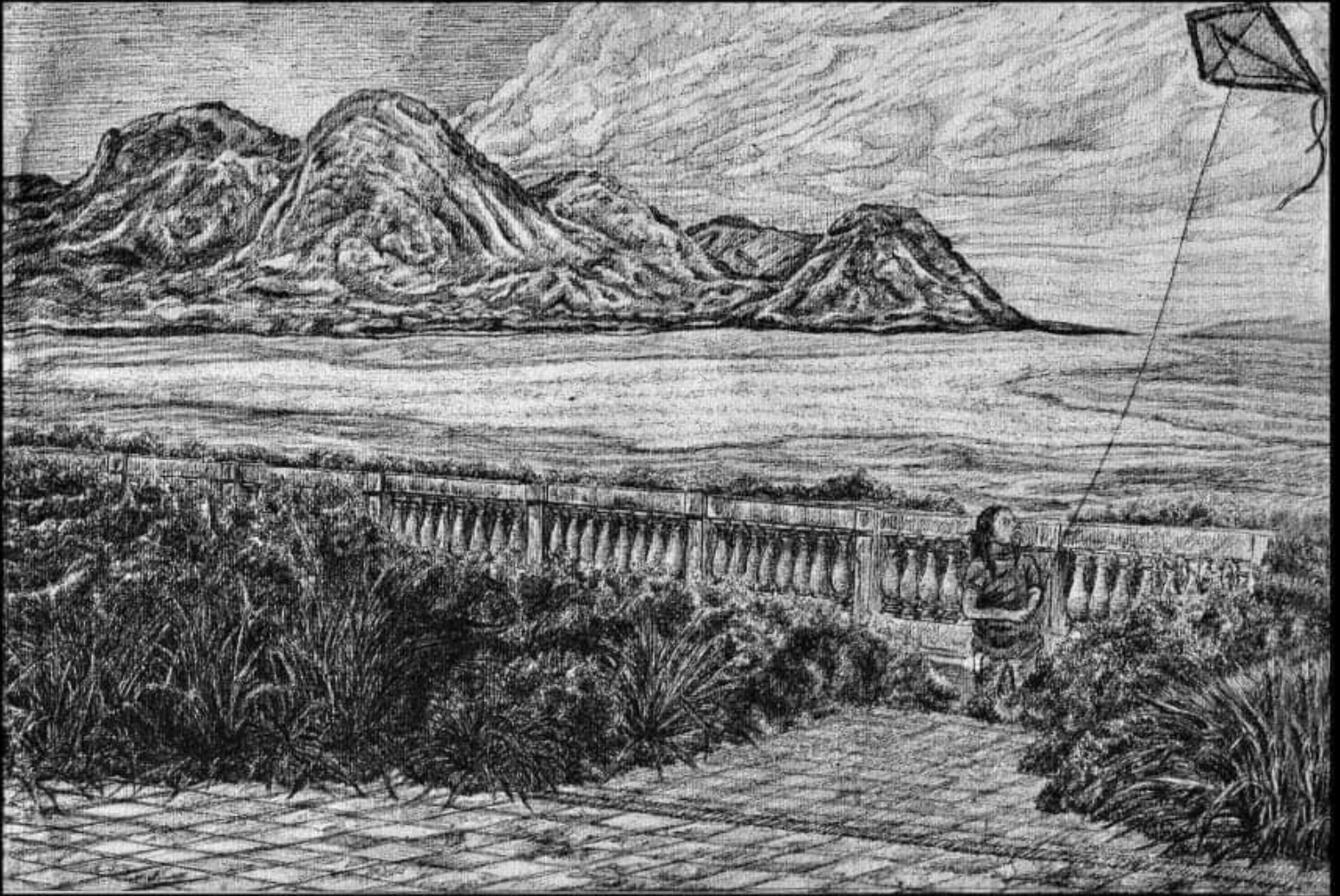
Talissa Carax



ILUSTRACIÓN



PENÍNSULA DE CHILTEPE



Bruce Steve

Paisaje hecho en Rapidografo. Representa la península que se levanta al sur del lago Xolotlán, conformada por los cerros cuapes, dos lagunas (Apoyeque y Xiloá) y la caldera del Apoyeque, volcán con posibilidad real de erupción en los próximos 100 años. La niña juega distraída, reflejando la fragilidad humana en comparación con la fuerza de la naturaleza.



LIBRERÍA DE

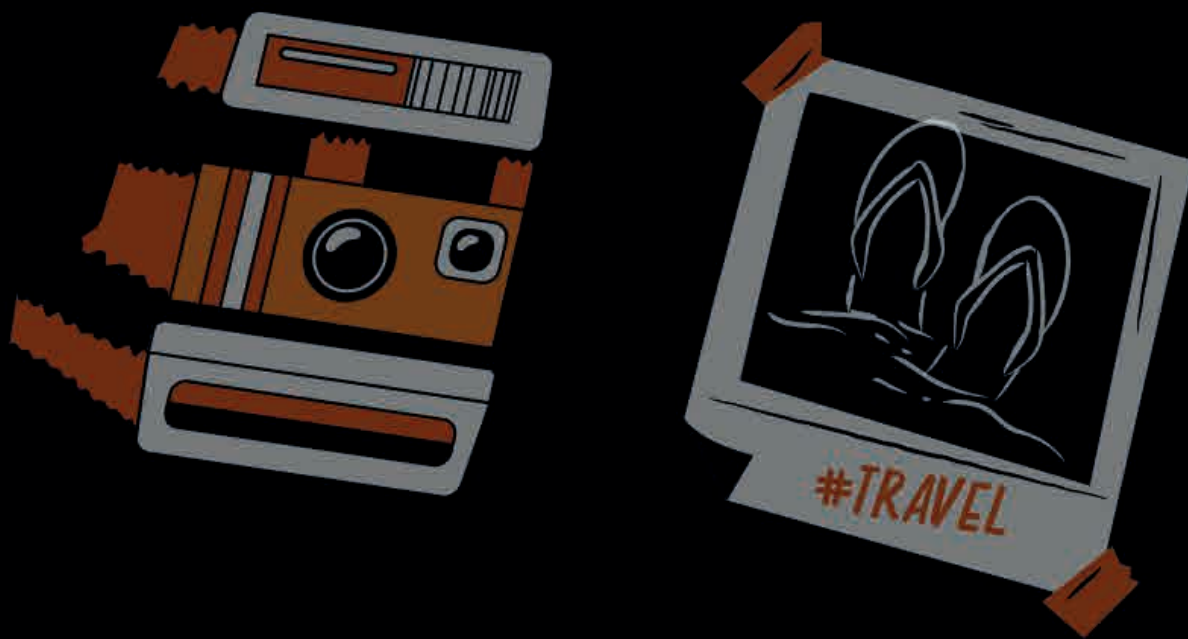
MEMORIAS



LIBRERÍA DE MEMORIAS

Cada día es una nueva aventura, ya sea el inicio de un encuentro fortuito, un momento de tu vida que has esperado por años, o un cambio brusco; todo merece una historia digna para contar las peripecias de la vida.

Librería de memorias, plantea ser una colección de micro-cuentos y poesía, en donde se planteen las aventuras de la vida de cualquier escritor. Desde experiencias que les marcaron la vida, hasta momentos que nadie cree aun cuando son contados.





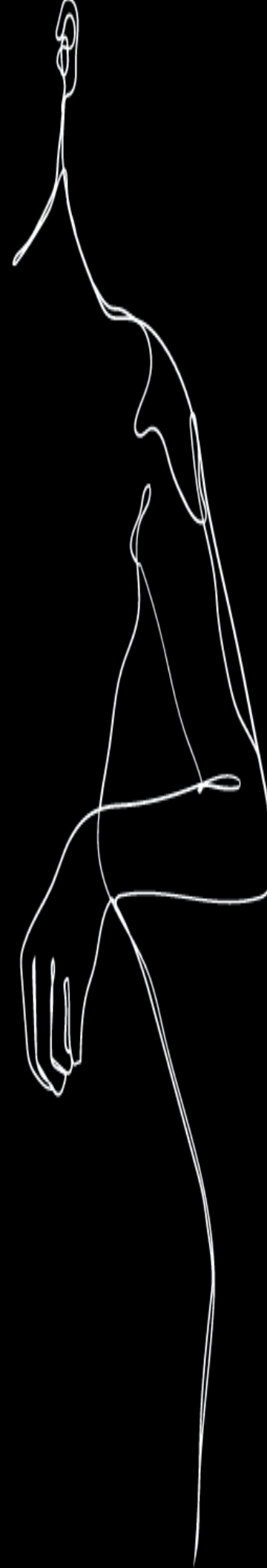
ADAGIO

L.U.N.A

El abyecto amor en mí se contrae;
destellos en mi cuerpo,
heridas bajo mi piel,
medicina a través del átomo
gestando en el habitante la reanimación de la voluntad oculta.

Un vector hendiendo los límites de los músculos,
transmutando el horizonte de la razón.
Psiquis lúdica sofocando el tejido del ego encorvado en mí,
presionando la rígida oscuridad del yo, para que la suavidad
pueda ser encontrada.

Cuando la carne y el miedo se enredan en la matriz espacio-
tiempo,
el espíritu semipermeable se ordena en el interior,
y la luz curiosa es perseguida por la sensible belleza alquímica
de la forma ceñida en el alma.





JIKISINKAMA

Revista Les Escritidores
#LibreriaDeMemorias

Artola

Se llamaba Aída y tenía trenzas largas. Su piel arrugada delataba que las fuerzas habían sido exprimidas de su frágil cuerpo; me lo confirmaban sus ojos quienes suplicaban por la atención de los transeúntes de la Zona Sur de la ciudad. La veía casi a diario, era parte del paisaje en mi nueva vida lejos de casa.

Me encontró una mañana sentada en el parque pasando las hojas de un libro. No estaba leyendo, solo disimulaba mi soledad. Su mirada atrapó la mía, no pude ignorarla, ambas guardábamos en las pupilas palabras no dichas.

Se acercó arrastrando sus piernas arqueadas. -Soy Aída, y vos me vas a ayudar señorita. -Me dijo mientras masticaba coca. -Regálame veinte bolivianos para irme de esta ciudad a descansar a mi pueblo.

- ¿Dónde queda tu pueblo? -Pregunté

-Potosí. Me fui de ahí cuando su tierra recibió al amor de mi vida en su vientre, era minero, quiero volver para morir dónde está él.

Le di el dinero. Pensé en que estaba hablando con la mendiga más afortunada, conoció el amor verdadero. A cambio me regaló una mueca chintana y me aceptó una plástica corta.

Puso el billete dentro de su escote tostado por el sol y montó el aguayo sobre sus hombros.

-Adiós, Aída. -Le dije a quién muy tarde le descubrí el alma.

-No, adiós no, jikisinkama. Significa hasta que la vida nos vuelva a encontrar, en mi lengua no existe el adiós.

- ¿Y si no nos volvemos a ver?

-Siempre volvemos a ver a las personas, aunque sea en los recuerdos. - Inclino su cabeza, sonrió y se fue.

Hoy la volví a encontrar paseando por mi memoria. Lástima no supe mucho de ella, solo que se llamaba Aída y tenía trenzas largas.



Bueno

Génesis Milagrosa Hernández Núñez

Te conocí gracias a una carta.
Un mensaje en la botella
llegado a tu playa,
una cita a ciegas
hecha de palabras.
Yo era una desconocida
que te hablaba.

Escribiste una respuesta larga.
Cuatro horas después
te asomaste
a mi pantalla
y de tu río negro
recibí luz blanca
mientras me mecía
sola en mi hamaca.

Han pasado ya días y semanas.
Nadie me creería si le contara
que mis letras te buscan
desde la mañana
y en la tarde duermen
junto a vos
sobre la grama.



Revista Les Escritores
#LibreriaDeMemorias



OFRENDA DE LUZ

*Por Pablo Antonio
Alvarado Moya*

En el volumen 02 de la presente revista, publicado en diciembre de 2020, se presentó la primera entrega de «Ofrenda de luz», sección cuyo propósito es dar a conocer levisimas iluminaciones de la vida y obra de poetas nicaragüenses no muy conocidos que, no obstante, a criterio justificado, son de ineludible lectura para conocer el parnaso nicaragüense.

Así, en aquel entonces, se inauguró con Mariana Sansón Argüello (León, 06/06/1918 – Ídem, 06/05/2002), poeta, escritora, diseñadora y artista plástica primitivista nicaragüense, de quien se afirmó: *“es la suya una poesía breve, epigramática, ciertamente onírica, envuelta de misterio y revelación [...] es una poeta de siglos, ella fue, es y será en el verbo”*.

Ahora corresponde continuar nuestro recorrido con

Eduardo Zepeda- Henríquez.



EDUARDO ZEPEDA HENRÍQUEZ

(Granada, 06/03/1930)

Poeta, ensayista, catedrático, académico y humanista nicaragüense. De precoz exaltación poética, a los quince años inicia sus constantes y prolíficas colaboraciones literarias, lo cual, seis años después, lo recompensaría al ganar el Premio Nacional Rubén Darío y la Medalla de Oro de la ciudad de Chinandega, cuna de su ilustre estirpe paterna.



**Fotografía de Eduardo Zepeda Henríquez.*

Al año siguiente, inicia su travesía por varios países (Costa Rica, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Brasil), hasta quedarse en España, lugar donde contrajo nupcias y se domicilia actualmente. Cabe destacar, como dato curioso —para evidenciar sus excelentes relaciones— que, por su parte,



entre otros firmaron como testigos, los ilustres poetas Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José García Nieto, Rafael Morales y José Coronel Urtecho.



**Fotografía de Eduardo Zepeda Henríquez con los poetas Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José García Nieto, Rafael Morales y José Coronel Urtecho.*

La poesía de Eduardo Zepeda-Henríquez es de carácter experiencial, con un ritmo y tono clásico, solemne y sublime, pues, a fin de cuentas, en sus propias palabras: *“poesía es la imagen universal de una experiencia personalísima”* y *“jamás he sido imitador ni adepto”* y *“tiene mi obra vocación de caoba centenaria”*. Son cinco sus principales temas desarrollados a lo largo y ancho de su obra: ser humano, patria, familia, amor y religión.

PUBLICACIONES PRINCIPALES

Obra poética: *Lirismo* (Managua: Editorial San Judas, 1948); *El principio del canto* (Managua: Novedades, 1951); *Mástiles* (Santiago de Chile: Pino, 1952); *Como llanuras* (Madrid: Espasa-Calpe, 1958); *A mano alzada* (Barcelona: Instituto de Estudios Hispánicos, 1964); *En el nombre del mundo* (Madrid: Playor, 1980); *Horizonte que nunca cicatriza* (Sevilla: Gráficas Mirte S.I., 1988); *Responso por el siglo vigésimo* (Madrid: Verbum, 1996); *Concierto nacional de la gesta de Sandino* (Madrid: Verbum, 2000); *Amor del tiempo venidero* (Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, 2001); *Poema Sinfónico de Darío* (Oviedo: Gobierno del Principado de Asturias, 2007); *Oratorio Filial* (Madrid: Betania, 2008). *Pulso y Púa de Carlos III* (Madrid: Verbum, 2011); *Poesía de adoración* (Madrid: Verbum, 2012). **Obra en prosa:** *Un Pensador Jesuita Vivista del s. XVII* (Madrid, Estados, 1957); *Caracteres de la literatura hispanoamericana* (Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua 1964); *Introducción a la Estilística* (Managua, edit. Estrella, 1965); *Alfonso Cortés, al vivo* (Managua: Imprenta Nacional, 1966); *Estudio de la Poética de Rubén Darío* (Managua-México: Comisión Nacional del Centenario de RD, 1967); *La Subcultura de Nuestro Tiempo* (Managua: La Hora Nacional, 1972); *Folklore nicaragüense y mestizaje* (Madrid: Aldus, 1976); *Mitología nicaragüense* (Managua: Manolo Morales, 1987); *Pentagrama Familiar* (Madrid: Verbum, 1993); *Vírgenes ancestrales y otros relatos* (Madrid: Verbum, 1993); *Relatos Memoriosos y Cuentos de Hamaca* (Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, 2013).



PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS



**Fotografía: Entrega de la Orden Cultural Rubén Darío. De izq. a der. D. Luis Sacasa Olivares, D. Eduardo Zepeda-Henríquez y D. Jorge Eduardo Arellano*

Entre otros: Premio Nacional de Poesía “Rubén Darío”, de Nicaragua (1951); Violeta de Oro de la Guardia de Honor de Rubén Darío, de Managua (1951); Premio “José María Cantillo”, de Madrid, España (1955); Premio Internacional de Poesía “Juan Boscán”, de Barcelona, España (1962); Premio Iberoamericano de Sevilla, Ángaro (1987); Comendador de la Orden Rubén Darío, Nicaragua; Comendador de la Orden de Isabel La Católica; Caballero del Capítulo Hispanoamericano del Corpus Christi, en Toledo. Miembro de número de la Academia Nicaragüense de la Lengua; Miembro de número de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua; Correspondiente de la Real Academia Española; Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Fue catedrático en la Universidad Centroamericana (UCA); profesor de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAM); Director General de Extensión Cultural y Director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua.

(I: La Tierra)

3

Ciudad madre, ¡qué importa
que te hayas vuelto muda,
si en el principio fue
el universo pura
mudez, y si aún eres
poderosa, pues juntas
al silencio el poder
de estar triste! En ninguna
parte, como en ti, el hombre
su corazón escucha.
(Acaso, quien al oírlo
no se detiene nunca,
lo haga cuando en la tierra
el fuego se consuma).

En tus calles, por donde
se dieron a la fuga
tantas vidas, yo supe
que es la menos segura
de las cosas de la vida.
Tus calles, más profundas
que largas, me enseñaron
también a sacar punta
al alma; que ella siempre
renueva a las criaturas,
como el pulmón del Lago
está renovando una
y otra vez tu aire.

Eterno

verano te circunda;
y, aislada, pareces
una niña desnuda
salvada del naufragio
del mundo. Tu hermosura
—que el Mombacho apacienta
y lo escala y azula—
es tu salvación, porque
sólo lo bello dura.

(II: El hombre)

8

De ir pagando con la vida
las palabras que gasto,
ya soy flecha cayendo;
pero canto de abajo
arriba todavía,
de raíz como el árbol.
Y, aunque sólo sabemos
eso que recordamos,
estelarmente, a veces
el pensamiento embarco
en la eterna ignorancia
del porvenir humano,
que sopla a fondo, sopla
y nos deja temblando.
(No obstante, ¿qué sería
de los vientos sin algo
que mover, sin que fuera
su costumbre milagro?)

Esta inquietud andante,
como la sangre, en vano,
quiere extraviarme, porque
lo mismo que un caballo,
mi corazón doméstico
nunca pierde sus pasos.
Pues por mi matrimonio
con las cosas que al lado
de mi niñez callaban,
está aún tan cercano
—a sólo un pensamiento
de distancia— el pasado,
que la mirada, casi
como los ciegos, cuando
vuelvo hacia atrás los ojos,
me termina en los párpados.

(III: El amor)

19

Somos de tiempo, amada,
y sin embargo nuestra
esperanza no tiene
edad, porque es apenas
un eco del alma, una
voz que se transparenta
bajo el cuerpo, sacando
nuestro vivir a tierra.

Porque el mundo me corre
—como a ti— entre las venas,
sé que, de sol a sol,
también es una espera
el amor. Quien sólo ame,
que la primera piedra
arroje a mi corriente.

Tú te asomaste en ella
para cambiar un día
el color de la ausencia.
Se acerca tu esperanza
triple, como se acerca
a tizarnos el cielo,
a la hora en que la estrella
descarnada, lo mismo
que un hueso, cabecea.

Tienes —como yo— el alma
en vendaval y, a fuerza
de estar hecha a mi imagen
y semejanza, dejas
inadvertidamente,
donde pasas, tu huella;
así hiera la bala,
sin que nadie la vea
venir. Que, de las cosas
humanas venideras,
la única profecía
en que todo hombre acierta
es su muerte, amor mío,
pues la esperanza es ciega.



**EDUARDO
ZEPEDA
HENRÍQUEZ**

*Por Pablo Antonio
Alvarado Moya*



SEMBLANZA DE LOS AUTORES





MIEMBROS DEL CONSEJO EDITOR DE LES ESCRIBIDORES



**Ana Yilian
Giroud**

Nacida en Cuba en 1997, desarrolla desde pequeña un amor por la literatura. En 2013, tras mudarse a Nicaragua con su familia, escribe sus primeros cuentos, entre ellos uno que fue publicado en La Prensa. Es Licenciada en Comunicación por la Universidad Centroamericana (UCA) y ha participado en diversos talleres literarios como Laboratorio de Novela 2018. Publicó el cuento La sangre se limpia con fuego en la Antología Mujeres de miedo que cuentan.



**Andrea
Carolina
Huete**

Escritora nicaragüense y arquitecta. En el año 2019 formó parte de la antología: “Mujeres de miedo que cuentan”, con su obra “Espejito, Espejito”, mientras que, en el año 2020, contribuyó a la antología: “Mujeres que cuentan secretos”. En la actualidad forma parte del Consejo Editorial de la Revista “Les Escribidores”, espacio creado por jóvenes nicaragüenses para la visibilidad de otros escritores en el ámbito actual.



**Belén
Flores**

Graduada de la Carrera de Derecho y colaboradora recurrente de Revista Les Escribidores. Actualmente es estudiante del curso de Laboratorio de Novela y entusiasta del propósito de la revista y de la creación como método de sanación.



MIEMBROS DEL CONSEJO EDITOR DE LES ESCRIBIDORES



**César
Andrés
Zeledón**

Nacido en 1999. Es miembro del Consejo Editor de la Revista, espera publicar prontamente su primera novela, escrita durante el curso laboratorio de novela: Breve adiós a mi padre.



**Noel
Castellón
Rocha**

Nació en una zona escabrosa de la ciudad capital y pasados trece años se trasladó con su familia íntima al suburbio, donde goza del necesario silencio. Ha participado con colaboraciones literarias en la revista juvenil Cultura Libre y en el portal de literatura nicaragüense El Gran Serafín. Fue integrante del Grupo de Creación Literaria de su alma mater y llegó a publicar poemas y cuentos bajo la firma del Departamento de Cultura UCA en el Compendio “Narrativa, Poesía y Más” (2017).



**Eloisa
Rueda
Navarro**

Nacida en 1996, se graduó como Licenciada en Marketing por UCA en el año 2018, con otros estudios en diseño gráfico, actualmente es propietaria de Librería y Variedades Elois y de forma freelance trabaja como diseñadora gráfica, editorial y web para la Revista Les Escritores.

AUTORES QUE PARTICIPARON EN EL PRESENTE NÚMERO

Lux Dí



De la Ciudad de México, México, tiene 33 años y es de su gusto el arte en general.

Poema: Poesía

Sergio A. Guevara



De 26 años, reside en Diriamba, Departamento de Carazo, Nicaragua. Es licenciado en Lengua y Literatura y docente, con trayectoria en la creación de poesía desde sus 10 años.

Poema: Poemas haikus I, V, VII

Erling Tórrez González



De 31 años, nació en Condega, en el mes de diciembre del año 1989. Se desempeña como profesor de educación media.

Poema: El Génesis tiene forma de libro.

Omar Quinto



De 28 años, es un escritor aficionado. Formó parte del último Laboratorio de Novela organizado por el INCH con el apoyo de la Cooperación Suiza. Lleva más de 13 años escribiendo poesía y ha realizado diversos talleres en los últimos dos años para explorar distintas facetas de su vida literaria, incluyendo la narrativa a través de los cuentos y la novela.

Poema: De Betún a Betún

Emmanuel Santana Seudónimo: Juanito el Camionero



De 20 años, es estudiante de la Universidad de Guadalajara. Encontró el gusto por la poesía a través de la exaltación de los aspectos más cotidianos de la ciudad. Entregado a los estudios de las letras, - sostiene - no hay nada mejor que pasear y encontrar en las calles la verdadera belleza.

Poema: Al menos 28



@locusamoenusp

De 21 años, cursa el quinto semestre en la licenciatura en Estudios Liberales por parte de la UDG. Ha tenido breves participaciones teatrales y recientemente colabora en una antología poética titulada "El deseo de cupido" por parte de ediciones afroditá, Argentina.

Poema: Como el Chile



**Cindy
Morales**

De 21 años, actualmente está en el último año de la carrera de Comunicación. Anteriormente ha participado en concursos de poesía, su disciplina predilecta, y confiesa a Rubén Darío como su mayor inspiración y por quien nació su amor por este género literario. Dirige el perfil artístico de IG @Cuarto_menguante__.

Poema: *Mi bella ciudad natal*



**Lorenzo
Aragón C.**

De 21 años, actualmente es estudiante de Medicina. Le apasiona leer poesía y, brevemente, su vida se puede resumir un padre que le inculcó la lectura y una madre que le impulsó a escribir; a propósito de tanto impulso, esta será la primera vez que otra persona que no es mi sangre lee una obra suya.

Poema: *I*



**Isabella M.
Tenorio**

De 23 años, es originaria de Chinandega. Se graduó como Licenciada en Relaciones Internacionales del Tecnológico de Monterrey. En su universidad fue miembro del equipo editorial de la revista FANZINE RI y del equipo editorial de Cosa Nostra Cartonera; bajo esta última editorial autopublicó Tristes Recetas (2018), Guanacaste (2020), Insomnio (2020) y fue co-autora de la antología ¿De verdad hicimos algo malo? (2020). En 2020 fue ganadora del V Certamen de Poesía y Cuento Luis Alberto Cabrales en la categoría de Poesía. Le gustan las cosas dulces, el té amargo y los cuentos tristes. Publica algunos de sus poemas cortos en su cuenta de IG @te.de.norio

Poema: *Llamada*

**Alejandro Benjamín
Laurentti**

Profesor de artes en música, pianista y estudiante de letras. Miembro de la sociedad de escritores de La Cumbre. Publicó en el año 2020 el libro de cuentos "Misteriosa La Cumbre". Sus textos han ganado dos premios en su país y ha publicado cuentos y relatos en revistas literarias digitales y en físico de Argentina, Chile, México, Colombia y Venezuela. **Cuento: *El listón celeste. 1630***

Héctor Daniel Olivera Campos



Nacido el 25 de octubre de 1965 en Barcelona, España, es empleado municipal en Barberà del Vallès (Barcelona). Ganador del primer premio en múltiples certámenes literarios, entre ellos el I Concurso de Microrrelatos ELACT - Encuentro Literario de Autores de Cartagena (2013); Cibercertamen literario Hypatia de Alejandría de literatura breve en su quinta y novena edición (2013/2017); III Certamen de Microrrelatos de Historia Francisco Gijón (2015); XI Premio Saigón de Literatura (2017); XIV Concurso de Relatos de Viaje Molskin (2019); I Concurso de cuentos Hoja por hoja (2020, ganador ex aequo). Ha publicado relatos en diversas antologías y en revistas literarias de España, Latinoamérica y Estados Unidos. Su blog de autor "Objetos perdidos" se encuentra en <http://hectoroliveracampos.blogspot.com>

Cuento: Vencido

Héctor M. Magaña



Nació en Jalapa, Veracruz, México, en 1998. Autor de relatos publicados en revistas fanzine (Los no letrados, Monolito, Nocturnario, Revista Almiar, Elipsis), reseñas literarias en revistas como Criticismo. Tradujo a autores como el emperador Akihito, la emperatriz Michiko Shoda y a la poetisa Cora Coralina. Ha participado en el taller de creación literaria de Fernanda Melchor. Actualmente se encuentra estudiando en la Facultad de Letras de la Universidad Veracruzana (UV) y está en la espera de la publicación de un libro de relatos cortos, titulado El hombre que veía a Bob Esponja y otros relatos, por la revista Los no letrados.

Cuento: Hablando se entiende la gente



Teresa del Carmen Zamora

Vive en Toluca, Estado de México, México. Es Licenciada en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México. Maestra de profesión y escritora de vocación, ha colaborado con la Revista Escritos de la BUAP, la revista virtual "La Letra Desconocida", Revista Elipsis, El Elefante Azul, y es colaboradora habitual de "El Ocaso de las Letras". Obtuvo mención honorífica en el concurso de escritura creativa organizado por el Centro Morense de las Artes con la obra "El caso de Francisco Batio II". Es fundadora de la Editorial Soma. Confiesa amar las historias, pues nos hacen descubrir que nuestra realidad puede ser más fascinante y divertida de lo que ya es, y nos invita a dejarnos sorprender por la literatura.

Cuento: La Cena



Aline Doniz

Poeta, socióloga y bailarina mexicana (1993). Ha participado en diversos proyectos literarios y se encuentra en la realización de su primer poemario "La pureza de la luz". Sus redes de artista son FB: Aline Doniz y IG: @alinedoniz.

Cuento: Pesimismo convaleciente



**Dany Díaz
Mejía**

De 32 años, es originario del área rural y está obsesionado con su país de origen, Honduras.

Cuento: Fin del mundo en octubre



Lara Urteaga

De 14 años, vivió 7 años en Estados Unidos y actualmente estudia en el Colegio St. Augustine.

Cuento: Los cuatro pasos

Kras Quintana



De 30 años, ha participado en diversas revistas literarias y antologías de Chile (Antología Brevirus de Brevilla, Colombia, México (Revista Iguales y el Fanzine de TransMemoria del colectivo NoNormativo), y en la Región Centroamericana (Antología ECOS de Nuevas voces de la microficción centroamericana).

Cuento: Discípulo

Brescka Martinez



De 21 años. Temporalmente autodidacta en disciplinas de humanidades e idiomas. Cultiva lecturas y desarrolla vagamente el ejercicio de la escritura. "Con más ganas de escribir que confianza", confiesa.

Cuento: Parque 2022

Rodrigo Medina



De 23 años, habita en la ciudad de Managua. Proviene de familia modesta y es un apasionado por las letras y las ciencias. Actualmente cursa el cuarto año de la carrera en Física en la UNAN-Managua.

Cuento: A su imagen y semejanza

Holberth Jarquín



De 29 años, nació en Matiguás, Matagalpa, el 17 de julio de 1991. Estudió en la UNAN-León y se graduó en Ciencias de la Educación, con mención en Ciencias Sociales. Llegó a laborar por 8 años como docente en el departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Educación y Humanidades de la UNAN-León.

Cuento: Le tour

Talissa Carax



De 18 años, es devota a la literatura.

Ensayo: Indeleble

Bruce Steve



De 22 años, es un artista plástico de la ciudad de León y actualmente estudia en la Escuela Nacional de Artes Plásticas Rodrigo Peñalba. Desde su infancia se involucró con el dibujo y la pintura, asumiendo el compromiso de ir mejorando y ser de los mejores artistas plásticos de su país; por ello ha experimentado en diferentes técnicas, como el muralismo, grabado, escultura, dibujo y la ilustración digital, llegando a participar en varias exposiciones del territorio nacional. Al trabajar en su obra, se concentra en hacer alguna propuesta nueva, pero sin perder la identidad nicaragüense. Su perfil artístico de IG es @bruce_steve__.

Ilustración: Península de Chiltepe

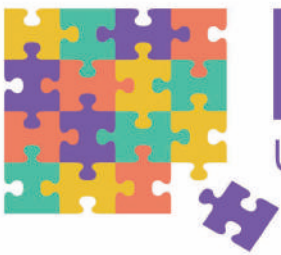


Pablo Antonio Alvarado Moya

(29/02/00) Chinandega, Nicaragua). Poeta y promotor cultural. Poemas de su autoría se han publicado en revistas físicas y digitales de Nicaragua, España, Turquía y Chile. Es miembro directivo de Sociedad de Escritores y Artistas “Ramón Romero”, de Chinandega (SEARR) y del Consejo Editorial de la Revista “Chinamitlán”. Así mismo, miembro del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica (INCH); Academia Norteamericana de Literatura Moderna y PEN Internacional/Nicaragua.

Ofrenda de luz: Eduardo Zepeda-Henríquez

Proyectos Hermanos



LABORATORIO DE NOVELA

una experiencia de creación

2020-2021





¿QUERÉS SER PARTE DE NUESTRA COMUNIDAD?

Les Escribadores

-REVISTA LITERARIA-

Volúmenes anteriores

Conoce más sobre nosotros siguiéndonos en nuestras redes sociales y web.

 Revista Les Escribadores

 @lesescribadores

 les_escribadores



Somos un espacio digital creado por jóvenes y para jóvenes con el fin de promover y difundir obras literarias, de opinión y artísticas de autores nacionales y extranjeros.

Participa en nuestras convocatorias para publicar tu obra

- *Poesía
- *Cuentos
- *Ensayos
- *Reseñas
- *Novelas
- *Entrevistas
- *Obras Gráfica y más

Disponibles para descargas

DESCARGÁ GRATIS

en nuestra página web

www.lesescribadores.com

Correo electrónico 

les.escribadores@gmail.com

Siempre estamos recepcionando nuevas obras



Les Escribidores es una revista literaria digital nacida del proyecto Laboratorio de Novela Nicaragua en el año 2019 con la intención de promover la difusión de trabajos literarios, de opinión y artísticos realizados por jóvenes, desde entonces su fin ha sido motivar el crecimiento del consumo de autores emergentes, nacionales y extranjeros, el nacimiento de nuevas voces en el país y el desarrollo de una conciencia crítica y más creativa en la sociedad nicaragüense.

El proyecto fue realizado con el apoyo de la Agencia de Cooperación Suiza en América Central (COSUDE) y el proyecto Laboratorio de Novela, bajo la dirección del Consejo Editor de Les Escribidores y la colaboración de poetas, cuentistas, ilustradores y escritores nacionales y extranjeros que dieron vida a las páginas del tercer volumen de la Revista bajo la temática de “Letraherido”.

